

estoy aquí luégo. Y va sin acento cuando equivale á por tanto. Por consiguiente. Pienso, luego existo. —De acuerdo con el Diccionario de 1947, luego, sin acento, tiene dos acepciones, prontamente y después. No se incluye la grafía luégo, con acento en este Diccionario.

Salvá anotaba en su Gramática —ediciones de 1834 y 1853— que en ójalá está dudoso si se oye más el acento en la o que en la a, y así no hace mal la Academia pintándolo en ambas vocales en la última edición de su Diccionario. —Las ediciones del Diccionario académico de 1791 y 1803 no registran el vocablo, y las ediciones de 1837, 1869, 1884 y 1947 sólo consignan ojalá, voz aguda. La Gramática de 1874 había expresado que se escriben, porque así se pronuncian, cónclave y conclave, ójala y ojalá.

Nota. Aunque se marca el acento en este último Diccionario y en otros anteriores en palabras como amoniaco, cardíaco, etiope, océano, olimpiada, omóplato, policíaco... no se toma en cuenta dicho signo en el lenguaje corriente y se pronuncia amoniaco, cardíaco, etiope, oceano, olimpiada, omoplato, policíaco...

Entre las palabras de acento variable que se encuentran en el último Diccionario oficial —1947— figuran las siguientes:

Adonái, adonái, —Balaústre, balaustre, —baraúnda, barahunda, —cíclope, ciclópe, —cónclave, conclave, —cuadrúmano, cuadrumano, —égida, egida, —elíxir, elixir, —íbero, ibero, —kilógramo, kilogramo, —lauréola, laureola, —médula, medula, —metéoro, meteoro, —mucílago, mucilago, —pábilo, pábilo, —prácrito, pracrítico, —prócero, procero, —tamínea, tamínea, —tarará, tarara, —utopía, utopia, —várice, varice...

Don Ramón Menéndez Pidal advierte que Cervantes, Lope de Vega y Quevedo pronuncian siempre cortes a cárcen, pero desde comienzo del siglo XVIII se generaliza cercén... Lo mismo Juan de Mena que Lope de Vega acentúan pábilo, pero modernamente se prefiere pábilo... Verdad que hoy es corriente la acentuación disparatada de médula al lado de la correcta medúla, usada por Cervantes, Calderón, etc.... Hoy la Lengua culta permite la dislocación de acento en los adverbios aún, ahí, ahora, por su carácter proclítico o enclítico... Juicio se pronuncia en tres sílabas aún en tiempo de Lope de Vega, ruido es trisílabo en Fray Luis de León, pero hoy es bisílabo, —Manual de Gramática histórica española. —Madrid, 1941.

Don Juan B. Selva, que ha hecho estudios especiales de los problemas que ofrece la acentuación, escribe: Según la Academia, en las voces agudas donde haya encuentro de vocal fuerte con una débil, ésta llevará acento ortográfico. —País, raíz, baúl. La Academia venía infringiendo esta regla hasta la XIV edición de su Diccionario porque no acentuaba los infinitivos reir, sonreir, desoir... Y queda ahora en la XV edición —de 1925— esta incoherencia: los infinitivos que tienen dos vocales débiles hacia su terminación, no traen tilde. —Rehuir, huir, construir... Y se marca en cambio en rehuída, huída, etc. Y cada vez que son empleados participios pasivos de verbos acabados en uir, con excepción del adjetivo —o sustantivo— flúido, que así está acentuado, sin que haya regla o aclaración que convenga a estos acentos. —Boletín de la Academia Argentina de Letras. —Buenos Aires, 1933.

AUGUSTO MALARET.

¿QUÉ SE ENTIENDE POR ESTILO?

“¿Qué se entiende por estilo?”. Tal es el título de un estudio en el cual, el autor, E. Otto, asume la tarea de conciliar las principales definiciones científicas propuestas.

La primera distinción a la cual nos atenemos por lo común, es la que separa lengua y estilo; distinción que es posible reducir a la de materia y forma: “En tanto que la gramática considera el material de la lengua, la estilística tiene por objeto la forma que se da a la lengua para representar bajo un aspecto definido un contenido definido”.¹ Esta distinción entre materia y forma se justifica mal. ¿Qué es la forma sino el conjunto de los procedimientos de expresión, parte esencial ellos mismos del material del lenguaje?

¿En qué, una regla de sintaxis —expresión inmaterial de una relación— es menos una realidad constitucional de la lengua que una flexión, un sufijo o una palabra?

Tal vez sea más justo distinguir entre el material de la lengua y el uso que de él se hace: “El término estilo, dice

1. H. STEINTHAL, *Zur Stilistik*, p. 474 y sig.

E. Herzog, nos sirve para designar la actitud adoptada por el escritor frente a la materia que la vida le proporciona". Esta materia impersonal, inorgánica, exige del escritor una elaboración. "Por la palabra estilo, dice en este sentido L. Spitzer, entendemos el hecho de poner en acción metódicamente, los elementos proporcionados por la lengua". Este trabajo de componer entraña "una preferencia por ciertos medios de expresión" ², supone una elección; en efecto, todo arte es elección y el arte del estilo, es el arte de elegir entre las posibilidades de expresión que se ofrecen, en cada caso, a quien usa la lengua.

Definir el estilo equivale a reconocer la actitud del sujeto que habla o escribe, frente a los recursos de la lengua que emplea.

En efecto, cuando se han reconocido y catalogado todos los elementos y procedimientos constitutivos de una lengua dada en una época dada, no se ha hecho más que una gramática de las posibilidades, no se ha definido una lengua real. La realidad es la lengua empleada por quien la usa en una determinada circunstancia; es la lengua que tomó forma al entrar en el molde de la palabra, la lengua sometida a la elección de quien la emplea. La lengua aparece así como un total; el estilo, como el resultado de una elección.

Esto equivale a decir que hay materia de juicio de estilo cada vez que una forma de lenguaje se presenta como provista de una cualidad y no solamente como apropiada para expresar cierto sentido. En cuanto a lo que hay que entender por cualidad, eso no puede surgir sino de un estudio detallado de los procedimientos de estilo.

La facultad de elegir está sujeta a restricciones. Tiene por límites, en primer término, la falta. La falta, vedada por la gramática normativa, infracción al uso recibido, marca el punto donde la elección deja de ser libre, donde la corrección, y no ya la cualidad de la expresión, se halla en juego.

Otra limitación la da el sentido. Si la elección entre diversas expresiones condujera al autor del enunciado a traicionar su pensamiento o sus intenciones, el estilo no estaría ya en causa; el pensamiento, la lógica, la razón, reclamarían sus derechos.

2. G. VON DER GABELENTZ, *Sprachwissenschaft*, 1891, pág. 109.

Pero estas dos restricciones tienen menos importancia que lo que podría creerse. En primer término, el límite más allá del cual hay falta, es bastante impreciso. Existe en todas las lenguas y para todas las formas de lenguaje, una zona de vacilación en la cual el uso no está rigurosamente fijado. Hay un dominio de lo facultativo que es el del cambio, el de la renovación de la lengua, campo cerrado donde entran en lucha las influencias de todas clases hasta que, habiendo triunfado una de ellas, los diferentes modos de expresión concurrentes pasan a integrar, uno, el dominio de la gramática normativa; los otros, el dominio de la incorrección.

Por otra parte, la tiranía del pensamiento es menor también de lo que parece. Ocioso resulta decir que si el lenguaje fuera la transcripción perfecta, el calco del pensamiento, como una fórmula de álgebra es el calco de un razonamiento matemático, el estudio del estilo no tendría mayor razón de ser.

Pero la lengua, hasta la mejor construida, es un instrumento imperfecto, un sistema insuficiente y, a veces, incoherente, de signos y procedimientos; incapaz de proporcionar traducción adecuada aun del pensamiento más claro y mejor analizado, de suerte que existe un esfuerzo incesante del sujeto que habla para sacar partido de un instrumento defectuoso.

Agreguemos que el pensamiento es cosa mal definida, vacilante, ilógica; que tan pronto toca el dominio de lo inconsciente como se analiza finamente, revelándose tan rico, tan complejo, tan matizado, que su transcripción no puede realizarse más que con vacilaciones, con variantes, con aproximaciones.

De allí resulta que la expresión lingüística es siempre sólo una traducción aproximativa del pensamiento. Esa expresión supone sin cesar de parte de quien la recibe, una interpretación y un comentario. Y, de parte de quien la emplea, una especie de consentimiento tácito a no ser sino imperfectamente comprendido. Entre lo que se dice y lo que se quiere decir hay siempre como un desacuerdo que hace que el sujeto que habla o escribe, poco seguro de su expresión, no tenga escrúpulos en modificarla bajo el efecto de factores diversos.

Falta mucho además para poder firmar que la única preocupación del sujeto que habla es la de traducir su pensamiento estricto. El lenguaje no expresa nuestro pensamiento

más que lo que una pieza de teatro representa la vida, o un cuadro la naturaleza.

El que se sirve de la palabra para comunicarse con otro, obedece a necesidades y preocupaciones cuya tiranía y cuya complejidad no sospecha.

J. MAROUZEAU.

Tratado de Estilística Latina.

Traducción de María T. Maiorana.

AGLUTINACIÓN, SOLDADURA O FUSIÓN DE VOCABLOS

El "nomás" con que tropezamos al leer un impreso nos invita a tratar el tema que indica el título de este artículo, sin perjuicio de recordar que aquel vocablo no existe como "unidad gráfica", y de comentar el significado de los elementos constituyentes del modo adverbial "no más".

Las locuciones más parecidas que encontramos en el vocabulario académico son "no más" y "sin más ni más". De la primera se dice que equivale a "solamente" ("me dió cincuenta pesetas no más") y, en giros elípticos, a "basta de" ("no más rogar inútilmente"). Según el Larousse adaptado por Toro y Gisbert, "no más" significa "nada más" o "sin ir más lejos".

En "salga la hermosa Argüello, — moza una vez, y no más" (Cervantes, *La ilustre fregona*) el mencionado modo adverbial acentúa la aguda intención de los versos dedicados a la camarera tan pasada de años como fea. "Una vez, y no más" vale "una vez solamente, hace tiempo". Pero donde Lugones ("España y nosotros") escribe: "Así, a poco andar, no más", esta locución no puede ser reemplazada por "solamente" ni por "basta de". En tal caso son más acertadas las interpretaciones de Toro y Gisbert: "nada más" y "sin ir más lejos".

También tiene acepción diferente de las que registra el Diccionario el "no más" que empleamos a cada rato en el habla corriente. Cuando, dirigiéndonos a alguien que estropea un libro, al empleado que debe cumplir rápidamente una orden o al niño que castiga a un compañero, exclamamos, irónica o imperativamente: "rómpalo no más", "vaya no más" o "pegale (por pégame) no más", queremos significar "sin consideración", "precipitadamente", "sin reparo", "sin pérdida de tiempo". En tales circunstancias recuerda a "sin más ni más".

Evidentemente, esa forma adverbial ahorra palabras y es tan expresiva que merece figurar en el vocabulario oficial con

las acepciones que acabamos de enumerar, agregadas a las que ya consigna el texto. Lo que hoy no se admite es la grafía "nomás" que promovió esta digresión.

¿Qué es una palabra? Frente al caso de "nomás" y a la duda que suscitan locuciones parecidas, todo el mundo aspira a tener una guía que lo salve de unir los términos que no son fundibles o de separar los que han de ir soldados. Es lo que sabríamos distinguir si supiéramos a ciencia cierta qué es una palabra y, particularmente, cuándo dos o más términos dan lugar a un compuesto. El problema parece sencillo; sin embargo, la Gramática nos niega las definiciones claras y exactas y las normas seguras que necesitamos para hallar en cualquier circunstancia la correspondiente solución.

—¿Cuándo dos elementos como los de "no más" van separados o juntos? — preguntamos los aprendices de castellano.

—¿Cuándo debemos golpear la tecla del espacio? — averiguan los linotipistas, formulando la misma pregunta en términos de su oficio.

A los aprendices se les contesta que los términos se sueldan cuando forman un solo vocablo. A los linotipistas, que el espacio va entre palabra y palabra.

—¿Y qué es una palabra? ¿Cómo la distinguimos? — siguen preguntando los que no saben.

Un coro de voces responde: 1

Gramática — "Es la sílaba o conjunto de sílabas que tiene existencia independiente para expresar una idea".

Diccionario — "Es la representación gráfica del sonido o conjunto de sonidos articulados que expresan una idea".

Bello — "Un signo que representa por sí solo alguna idea o pensamiento".

Benot — "Es todo sonido o grupo de sonidos orales dotado de significación".

Lenz — "Una subdivisión de la oración que se compone de un grupo de sonidos completamente invariable, o variable en la terminación, y que corresponde a cierta unidad de sentido".

Sweet — "Una unidad de sentido independiente e invariable".

1. JULIO CASARES imaginó, hace muchos años, el debate que este tópico suscitaría en una reunión de gramáticos. (*Nuevo concepto del Diccionario de la Lengua*).

Saussure — "Un trozo de sonoridad que, con exclusión de lo que precede y de lo que sigue en la cadena hablada, es el significante de cierto concepto."

Comencemos por señalar que, según algunas de esas definiciones, la palabra es representación gráfica; según otras un sonido o grupo de sonidos orales, y señalemos a renglón seguido algo más importante que esa disparidad. De acuerdo con tales definiciones, toda palabra encierra una idea, un pensamiento, un concepto, y tiene, por lo tanto, sentido propio. Ello importa aseverar que están en pie de igualdad los vocablos que indudablemente poseen significación propia ("arte", "florecido", "asciende") y los que, como la crítica denunció hace tiempo, nos resistimos a creer que, independientemente considerados, tienen el mismo contenido ("de", "y", "la").

No fué con el propósito de resolver este problema gramatical que Unamuno dijo: "Las ideas brotan de las palabras, que no éstas de aquéllas. Idea quiere decir en su sentido original y originario, visión. Y palabra, "parábola", es curva de son que va en soplo, en espíritu. Y cuando se respira visiones, cuando se les da vida espiritual, es con palabras". Benavente tampoco tuvo esa intención al poner en boca de Crispín este comentario: La vida es "una fiesta en que la música sirve para disimular palabras y las palabras para disimular pensamientos".

Definiciones erróneas. — Lo cierto es que los aprendices de castellano y los linotipistas quedamos perplejos. Como no nos explican claramente qué es una palabra, no sabemos dónde colocar los espacios, al escribir o al componer, o cuándo, al hablar, corresponde hacer una pausa. Vaya un ejemplo: En la oración: "El guardia marina recibió la orden y la cumplió estrictamente, en breve plazo", si bien sabemos que van separados los sustantivos, verbos y adverbios que sugieren otras tantas ideas (el vocablo "marina" parece oficiar allí de adjetivo, como "civil", en "guardia civil") comienza por surgir la duda: ¿"guardia marina" o "guardiamarina"? Por otra parte ¿cómo debemos representar los artículos, la preposición y la conjunción que, de aplicarse estrictamente las definiciones dadas, no son palabras? Agreguemos que en cuanto nos quejamos de que los "guardias" no acoplen la voz que los califica, a la manera como los "guardas" absorben la suya ("guardacantón", "guardabosque"), nos observan que la aglutinación tendría que extenderse a "ingenierocivil" y tal vez a "guerracivil" y "matrimoniocivil", como infinidad de denominaciones

de otra índole. Tan sólo en lo que respecta a la palabra "ojos", tenemos: "ojo de buey" (nombre de planta que cita la Gramática como ejemplo de compuesto imperfecto, al lado del cual pondríamos, si nos permiten, el "ojo de buey" de los barcos), "ojo clínico", "ojo de boticario" (que no equivale al ojo clínico del médico ni se refiere al órgano visual del farmacéutico), "ojo de gato" (ágata), "ojo de perdiz" (labor), "ojo de pollo" (callo), "ojo-vero", "ojo regañado", etc., denominaciones para las cuales no se permite la fusión de "ojialegre", "ojigarzo" o "ojizarco", "ojimoreno", "ojinegro" o "ojiprieto", "ojizaino", "ojituerto", "anteojos", etc. Como se ve, no priva en estas cosas un criterio igualitario. La ley pareja que se invoca para oponerse, con razón o sin ella, a "guardiamarina" y "guardiacivil", por lo de "ingenierocivil", etc., es precisamente lo que se infringe a cada rato.

Si hay palabras que no traducen ideas, todas aquellas definiciones son erróneas, y si, de acuerdo con ellas, afirmamos que los signos que no expresan ideas dejan de ser palabras, negamos la evidencia. Por otra parte, lo ideal sería que se representara con una sola palabra la denominación de todo lo que es indivisible: persona, cosa, idea, cualidad, y de lo que indica modo, relación, etcétera.

Quien, en procura de la norma que no surge de las definiciones, hurgara en el capítulo de la Gramática referente a los vocablos primitivos, derivados, compuestos y parasintéticos, adelantaría poco o nada. En lo que atañe particularmente a los compuestos, que son los que más nos interesan, se dice que esos vocablos funden en la mente dos ideas para designar una nueva, al tiempo que se juntan en la escritura las voces que designan dichas ideas, lo que importa decir que llenan dos condiciones, una lógica y otra gráfica. Ello es aplicable a los vocablos del tipo de "mediodía", "sinrazón", que denotan algo distinto de lo que expresa cada uno de sus componentes, pero no a las locuciones del tipo de "apenas" y "entretanto", que equivalen a "a penas" y "entre tanto". El precepto se opone, por lo tanto, a una fusión lícita y no indica cuándo podemos o debemos amalgamar otros términos cuya separación o ligadura da lugar a vacilación. Además, ocurre lo siguiente: si, por analogía con "apenas" pretendemos fusionar modos adverbiales parecidos ("asabiendas", "agatas", "atientas") un toque de atención nos detiene, y si, siguiendo los ejemplos de "malacostumbrado", "malaconsejado", "malmirado", "malhecho", etc., escribimos "maleducado", vuelve a sonar el "¡alto!" De nada sirve argumentar que el "maleducado" es una "uni-

dad inseparable" y un vocablo que, desgraciadamente, nos vemos forzados a emplear con más frecuencia que "malmirado", verbi gratia.

Imperio de la arbitrariedad. — Volvamos a las definiciones para decir que la única que concuerda con la realidad es la teoría moderna que considera a la palabra como "la última unidad indivisible del lenguaje" y la presenta como "un corte arbitrario dado en la frase". Es algo desconcertante, pues constituye la negación de toda norma. La arbitrariedad es mala brújula y consejera, y ya se sabe lo que le pasa al lenguaje si es regido por el capricho. Nos resignamos al abuso que termina por imponer voces bárbaras y acepciones torcidas (no queda, generalmente, otra actitud); pero no nos conforma el hecho de que en materia ortográfica como es la de desunir o soldar vocablos, reine la arbitrariedad. Así las cosas, nos vemos obligados a aprender de memoria la grafía de las expresiones compuestas de dos o más términos, pues no existe una norma racional.

Mientras nos mantenemos a la espera de la regla clara, precisa y de invariable aplicación que está por descubrirse, conformémonos con saber que la palabra es "la sílaba o el conjunto de sílabas que, por imperio del uso, de la arbitrariedad o de lo que fuere, forman una agrupación gráfica independiente", y si deseamos tener a mano una definición más comprensiva y acorde con la realidad que las expuestas, digamos que la palabra es "la sílaba o el conjunto de sílabas que expresan una idea o que simplemente desempeñan, en la oración, un oficio determinado". Esta enunciación tiene, por lo menos, la ventaja de comprender tanto a los términos que encierran un concepto, como a los que, no obstante carecer de ese atributo, configuran una palabra. Por otra parte, sería conveniente que las definiciones no se refirieran únicamente al contenido de las palabras. Hay un fenómeno acústico que no debemos pasar por alto. El violinista que toca las notas destacándolas con otros tantos golpes de arco ("staccato"), separa los sonidos, como nosotros separamos los vocablos. El que las hace sonar mediante un solo movimiento de arco ("legato") procede como nosotros lo hacemos al hablar cuando fundimos los elementos que pasan a formar un compuesto.

Pedimos definiciones claras, normas precisas y ley pareja. Nos dirigimos a los gramáticos, que son los llamados a resolver el punto. Si éstos se hallan en la imposibilidad de satisfacer nuestra pretensión quedan relevados del compromiso y eximidos de toda culpa.

Fusiones obligadas, optativas y prohibidas. — En lo atinente a la aglutinación las voces castellanas se dividen en cuatro grupos:

a) palabras que se han soldado definitivamente y han de escribirse siempre juntas ("afuera", "encima", "debajo");
b) términos cuya soldadura es optativa ("alrededor" o "al rededor");

c) vocablos que aglutinamos erróneamente ("dedonde", "malentendido", en lugar de "de donde" y "mal entendido", respectivamente);

d) de los cuales cabe separar los que, fundidos, denotan algo muy distinto de lo que expresan cuando sus elementos se escriben separadamente ("sinrazón" y "sin razón", "mediodía" y "medio día").

a) "Sinvergüenza" — "Sinvergüencería" — "Sinsustancia", "Sinhueso" — "Malsonante" — "Fisicoquímica" — "Vicesecretario" — "Exvoto", etc. — Nadie escribe "a afuera", "a bajo", "en cima"; en cambio, abundan los que separan los componentes de voces del tipo de "Fisicoquímica", "exvoto", "sinhueso". El "sinvergüenza" que a cada rato exhibe su "sinvergüencería", como el "sinsustancia" que se distingue por su frivolidad o poco seso, se denominan con un solo vocablo. La lengua es la "sinhueso", no la "sin hueso", y así miles de voces: "apagavelas", "azotalenguas", "apuracabos", "destripacuentos", "litisexpensas", "matacabras", "montacargas", "quitapesares", "sacatrapos", "trotacalles", "eccehomo", "electronegativo".

b) "Apenas", "a penas" o "apena" — "Sobremanera" o "sobre manera" — "Entretanto" o "entre tanto" — "Adentro" o "a dentro" — "Aprisa" o "a prisa" — "Sobremodo" o "sobre modo" — "Enseguida" o "en seguida" — "Alrededor" o "al rededor". Son otros tantos ejemplos de términos que van juntos o separados. La forma fundida es la que preferimos, por ser más simple y la que ahorra espacio. ¿Por qué mantener desunidos los elementos susceptibles de fusión? En el lenguaje, como en los demás órdenes de la vida, hay que tender a la unión, a la síntesis. Demasiadas son las fuerzas disolventes o disgregantes para que mantengamos las que podemos neutralizar. Abogamos, en principio, por la soldadura de todos los elementos que admiten su aglutinación. La fusión de "bajo relieve", por ejemplo, expresión para la cual la Academia usó en el Diccionario Manual, la grafía "bajorrelieve", apuntaba la conveniencia de colocar en igualdad de condiciones a "alto", "medio" y

"todo relieve". El mayor uso de "bajo relieve" no hubiera justificado un privilegio. (Conste que "bajorrelieve" no figura en la última edición del diccionario grande).

Nos parece bien recordar que lo mismo da "¡adiós!" que "¡A Dios!". La fusión no impediría que Cervantes volviera a escribir: "Y sin a Dios a ninguno de casa, me puse en la calle", máxime si, imitando a la Academia, pusiera esa expresión de despedida entre signos de admiración. También podemos escribir ahora "monosabio" o "mono sabio". El último vocabulario oficial autoriza la fusión. Hay otras soldaduras que están pendientes de aprobación y que sólo podrán negarse con el apoyo de razones poderosas. Habrá que evitar la anfibología diferenciando, v. gr., el modo adverbial "sobre todo" del sustantivo "sobretodo", y, si es forzoso, escribir "guardia marina", "guardia civil", etc., en contraste con "guardabanderas", "guardacantón", etc.; pero si nada se opone a la fusión...

c) "Agatas" — "Malhaya" — "Malentendido" — "Comoquiera" — "Porciento" — "Manosanta" — "Comoquiera" — "Dedonde" — "Enrededor". Cuando los escribimos así incurrimos en el mismo error que convierte a "no más" en "nomás".

La Academia aplica el modo adverbial "a gatas" al "modo de ponerse o andar una persona con pies y manos en el suelo"; pero como nosotros lo empleamos vulgarmente con la significación de "apenas", "casi", "escasamente", etc., algunos preceptistas prohíben la forma fundida. Si "a penas" puede ser "apenas" ¿qué impedimento habría, en el caso de que tal vocablo pasara a ser sinónimo de "casi", "penosamente", etc., para la admisión de "agatas", con significado distinto de "a gatas"? Diríamos que "el abuelo, a gatas, jugaba con el nieto" y que "el overo le ganó al alazán, agatas" ².

"Malhaya" es, según el vocabulario oficial, un barbarismo por "mal haya" o "bien haya", según los casos. Toro y Gisbert recuerda que es interjección rioplatense equivalente a "¡ojalá!", empleada en el lenguaje familiar en lugar de "maldito" o "maldita". "Malentendido" es neologismo que resulta de sustantivar la fusión del adverbio "mal" y el participio "entendido". Se usa como sinónimo de equivocación, confusión, discrepancia, etc., y recuerda, sobre todo, al vocablo italiano "malinteso". Digamos, finalmente, que no está inscripto en el lexi-

2. Dice el diccionario académico: "salir uno a gatas, fr. fig. y fam. Librarse con gran trabajo y dificultad de un peligro o apuro".

cón el "porciento" que suele usurpar el derecho de "porcentaje".

d) "Demás" y "de más" — "Sino" y "si no" — "Sinrazón" y "sin razón" — "Sinfin" y "sin fin" — "Mediodía" y "medio día" — "Conque" y "con que" — "Trescientos" y "tres cientos". Éstos y muchos otros vocablos similares son los que han de manejarse con mayor cuidado, pues la forma fundida tiene una significación muy distinta de la otra.

"Los demás" denota "los otros", "los restantes", y, a veces, empleamos "demás" por "etcétera", refiriéndonos a otras personas o cosas. "El pueblo inglés ha precedido en todo a los demás", escribe muy bien Ortega y Gasset en "Lo que más falta hace hoy", y también acierta Marañón al decir: "Alejándose no de los demás, sino de su propia personalidad juvenil". En cambio, en el verso de la quintilla dedicada a Alarcón: "que saber es por demás", se deslizó un error de redacción o de imprenta análogo al del catedrático que puso: "Un pobre desocupado que está demás en el mundo". Este desocupado que podría echarse "de menos", está "de más", no "demás".

"Si no" nos equivocamos, no es poco "sino" mucho lo que se ha escrito acerca de la conjunción "sino" y la combinación de la conjunción "si" y el adverbio de negación "no". Sin embargo, es frecuente descubrir en manuscritos e impresos el empleo defectuoso de una u otra forma. No está de más repetir que "sino" va casi siempre precedido de una negación: "otros dicen que no, sino que verdaderamente vamos en cuerpo y en ánima" (Cervantes); "que no se quitan sino con la muerte" (Cervantes); "ellos, que no dieron uno de los suyos para soldado ni soltaron moneda sino a buen interés" (Benavente). Pero cuando encierra la idea de excepción, suele usarse sin negación y con el pronombre indeterminado "nadie": "Nadie lo sabe sino Antonio" (Diccionario de la Lengua) o con otro pronombre: "¿Y quién lo malgasta y lo pierde sino vos?" (Benavente).

Con respecto a "si no" dicen los preceptistas que se diferencia de "sino" porque admite interpelación: "No habrá pan si no sembramos trigo" (si nosotros, si ahora, si antes, no sembramos trigo); "no hacer asiento en parte alguna, si no es forzado y en galeras" (Benavente), es decir "si ese asiento no es". Como el otro, este "si no" no reclama ineludiblemente la proximidad anterior de una negación. Ésta falta en muchas frases corrientes: "si no estudias, retrocederás".

La "sinrazón" es un sustantivo sinónimo de injusticia, arbitrariedad, iniquidad, ilegalidad, irreflexión, locura. En "sin razón" — sin fundamento, sin causa o motivo, injustamente — no hay enlace de "razón" con la preposición negativa: "Sinrazones" que enmendar, abusos que mejorar y deudas que satisfacer" (Cervantes).

El sustantivo "sinfin" denota infinitud, sinnúmero: "un sinfin de buenas obras cimentó su fama". En el "Diccionario de Ideas Afines", de Benot, figura equivocadamente un "sin fin", al lado de infinitud, multiplicio, en alto grado, más que pelos en la cabeza, etc. Los vocabularios no registran la voz técnica que habitualmente se emplea con idéntica grafía (el "sinfin") para designar la pieza mecánica que realiza un trabajo ininterrumpido. Es la "cuerda" o "tornillo sin fin" de que habla el diccionario académico. Todo lo que es sin término, sin consumación, límite u objeto es "sin fin".

Sabido es que la hora en que el Sol está más alto es la del "mediodía"; que "medio día" es la mitad de una jornada, y que "trescientos" (300) no dice lo que "tres cientos" (100, 100 y 100).

El "conque" que aquí usamos muy poco y que convendría utilizar con más frecuencia, equivale a "de modo que", "por lo tanto", "así que", etc. y enuncia una consecuencia o deducción: "Y como nunca pensé cobrar, para favor ya fué bastante; conque así, hagan merced de no volver por mi casa" —dice correctamente el hostelero— en "Los intereses creados". En cambio, hoy no nos parece bien empleada la forma fundida en los versos de Fernán Pérez de Guzmán: "España nunca da oro —conque los suyos se riendan:— fuego é fierro es el thesoro— que dá con que se deffiendan". Salvo que los interpretemos mal, el primer "conque" debió escribirse separado, como el que al final expresa con qué modo, medio o instrumento.

Muchas otras expresiones serían dignas de examen. De hacerlo, este trabajo resultaría demasiado minucioso y cansador, sin contar que nos obligaría a sutilizar y a meternos en honduras tan peligrosas como la de "adonde" o "a donde". Conque cortemos aquí esta charla de mera vulgarización, inspirada en el propósito de recordar muchas cosas sabidas, expresar muy pocas nuevas y alertar a quienes manejan la pluma o enseñan a manejarla. En cada palabra se esconde un diablillo que trata de inducirnos en error y a quien sólo vencemos si vivimos constantemente prevenidos y apercebidos para la defensa.

CLEMENTE A. ORLANDI.

BIBLIOGRAFÍA

- Diccionario de la Lengua Española*, 18ª edición, Real Academia Española.
Gramática de la Lengua Española, id.
Nuevas Normas de Prosodia y Ortografía, id.
Pequeño Larousse Ilustrado, adaptado por Miguel de Toro y Gisbert, 1955.
Gramática de la Lengua Castellana, Andrés Bello y Rufino J. Cuervo, con observaciones de Niceto Alcalá Zamora y Torres.
El Habla de mi Tierra, Cartas a Eulogio, Más cartas a Eulogio y Palabras Enfermas y Bárbaras, Rodolfo M. Raguecci, S. D. B.
Diccionario Gramatical, Emilio M. Martínez Amador, 1954.
Nuevo Concepto del Diccionario de la Lengua, Julio Casares.
El Porqué de los Dichos, José M. Iribarren.

EL LENGUAJE

Escribir lo que fuere en cuanto el acto de escribir exige reflexión y no es la inscripción maquinal y sin detención de una palabra interior toda espontánea, es un trabajo de traducción exactamente comparable al que opera la transmutación de un texto de una lengua en otra. Es que, en el dominio de existencia de una misma lengua, del cual cada uno satisface las condiciones de momento y de circunstancia, nuestro interlocutor, nuestras intenciones simples o complejas, el ocio o la prisa y lo demás, modifican nuestro discurso. Tenemos un lenguaje para nosotros mismos del cual las otras maneras de hablar se apartan más o menos; un lenguaje para nuestros familiares, uno para el comercio general; uno para la tribuna; hay uno para el amor, uno para la cólera, uno para el mando y otro para el ruego; hay uno para la poesía y uno de prosa, sino muchos todavía en cada uno; y todo esto en el mismo vocabulario (pero más o menos restricto o extenso, según el caso) y dentro de la misma sintaxis.

PAUL VALÉRY.

RICARDO JAIMES FREYRE
Y SUS ESTUDIOS SOBRE VERSIFICACIÓN

Es ya un lugar común de la crítica mencionar a Ricardo Jaimes Freyre como el poeta modernista que con más persistencia se preocupó por problemas teóricos del verso. Esta singularidad se extrema si consideramos la obra orgánica, y, en ese caso hay que decir que Jaimes Freyre fué prácticamente el único.

La obra que ejemplifica este sector de su producción es la conocida con el nombre de *Leyes de la versificación castellana* (Primera edición, Buenos Aires, 1912). A su vez, este libro es la coronación —desarrollo y coronación— de varios estudios publicados años antes en la "Revista de letras y ciencias sociales" de Tucumán (III, Nº 15, "La ley del ritmo"; y III, Nº 16, "Leyes de la versificación castellana". Septiembre y octubre de 1905). Estudios que, a su vez, corresponden a sus clases del curso libre de la Sociedad Sarmiento de Tucumán, curso pronunciado ese mismo año 1.

A poco de aparecer dichos estudios, la "Revista" publicó un comentario de Unamuno, con el nombre de "Leyes de la versificación castellana", carta a Ricardo Jaimes Freyre (IV, Nº 19, enero de 1906), señal indudable de repercusión, valuada en este caso por el nombre de Unamuno y, sobre todo, por sus palabras de aprobación:

"Me parece cuanto Ud. dice del todo exacto, y creo que ha planteado Ud. la versificación castellana en su verdadero gozne..."

Y, al final:

"Le felicito por su teoría, que me parece la exacta y la verdaderamente científica" 2.

Aunque toque tangencialmente el problema que preocupaba a Jaimes Freyre —vale decir, la "ley del ritmo"— quiero también recordar aquí una breve nota que éste escribió con el título de "El verso libre", comentario al margen de una encuesta de la revista "Poesía", dirigida por F. T. Marinetti 3. Jaimes Freyre recoge varias opiniones, y algunas de ellas las repetirá en el último capítulo de su libro, capítulo titulado precisamente "Del moderno verso libre o polimorfo".

Leyes de la versificación castellana. — Jaimes Freyre presenta su teoría con carácter de novedad absoluta. Para ello, examina primero las tres teorías enunciadas comúnmen-

te hasta entonces y dirigidas a explicar la versificación española: la teoría clásica, la teoría "americana" y la teoría vulgar.

La primera —por cierto, hace tiempo olvidada— ve en nuestra versificación las mismas leyes de los versos clásicos: pies métricos de sílabas largas y sílabas breves.

Jaimes Freyre llama "teoría americana" a la segunda, en atención a que los fundamentos de ella están en Andrés Bello, fundamentos después seguidos por Luis Quintín Vila (boliviano) y Eduardo de la Barra (chileno). Según esta teoría, los versos castellanos son tales en virtud de cláusulas métricas de dos o tres sílabas; en cada cláusula métrica sólo una de las sílabas tiene acento prosódico, que es, al mismo tiempo rítmico 4.

La tercera teoría que Jaimes Freyre llama "vulgar" en razón de ser la menos científica, se apoya en estas dos condiciones: "número determinado de sílabas y acentos rítmicos fijos, según ese número". Vale decir menos que sistema, conjunto de reglas que derivan de las formas métricas aceptadas.

En realidad, Jaimes Freyre había sintetizado en uno de los artículos de la "Revista" las diferentes teorías, después de considerar que todas ellas podían reducirse a tres:

1. El verso es una parte del discurso medida por sílabas largas y breves.
2. El verso es un conjunto de pies métricos acentuales de dos a tres sílabas cada uno.
3. El verso es un grupo determinado de sílabas, con acentos fijos 5.

Jaimes Freyre no niega valor a las teorías anteriores, en particular, a la segunda, pero destaca también, que esas teorías se reducen a explicar los metros usuales y a dar normas sobre su construcción.

De tal modo, la tarea de Jaimes Freyre es más ambiciosa, puesto que aspira a descubrir la ley del ritmo dentro del verso castellano, es decir, una ley válida tanto para los metros tradicionales como para los que puedan crearse en el futuro 6. No hay que olvidar, por otra parte, que el deseo del crítico está acuciado por una época de abundantes innovaciones, dentro de la cual también resalta el hervor del verso libre, aunque este último no tiene aún —es indudable— la expansión que alcanzará pocos años después, sobre todo cuando proliferen las Escuelas de Vanguardia.

Para Jaimes Freyre, la razón de ser del verso castellano está en lo que llama **período prosódico**, es decir, una sílaba acentuada o un grupo no mayor de siete, entre las cuales sólo la última tiene acento intenso —**acento rítmico**—, sin que importe que las demás estén o no acentuadas.

En otras palabras: el período prosódico está formado por sílaba o sílabas: de una a siete, de las cuales la última está acentuada, y a ese acento se llama **acento rítmico**. (Puede haber otros acentos prosódicos, pero únicamente el último es el acento rítmico).

Éste es para Jaimes Freyre el verdadero eje de la versificación castellana, eje que tiene para el crítico la importancia de un descubrimiento y la clave de toda su teoría. De ahí que considere que "los versos castellanos se forman combinando períodos prosódicos".

Distingue después entre "períodos prosódicos iguales" y "períodos prosódicos análogos". Los primeros, en los que tienen igual número de sílabas; los segundos, un número desigual, pero sólo pares e impares. La combinación de "períodos prosódicos iguales" o de "períodos prosódicos análogos" determina el "verso".

En cambio, una tercera forma, que llama "períodos prosódicos diferentes", formados por un número desigual, pares e impares, determina la "prosa".

A su vez, el ritmo de los períodos iguales, más regular y acompasado, es el más fácil de percibir; el de los períodos análogos requiere ya cierta preparación o acomodación artística.

Otras consideraciones dignas de interés son las que se refieren al "período puro" (cuando el período termina con palabra aguda) y al "período compuesto" (cuando hay una o dos sílabas después del acento —palabra grave o esdrújula—, que no forman parte del período siguiente). Un verso de períodos compuestos puede hacer sinalefa entre ellos.

Por último, la combinación de versos formados por períodos iguales o análogos entre sí constituye la estrofa. Vale decir, el eje del verso extendido a una serie de versos de períodos pares combinados entre sí, o a una serie de versos de períodos impares combinados entre sí, únicamente 7.

El sistema de Jaimes Freyre es —lo hemos visto— acentual y silábico. Hoy —particularmente a través de los estudios de Navarro Tomás— sabemos que, sin negar validez primordial al acento, hay otros elementos que también intervienen y que no pueden desdeñarse (pausas, y hasta cantidad

silábica). Precisamente, Navarro Tomás llegó a afirmar, ya en 1926, que "Los estudios de métrica que vienen haciéndose experimentalmente sobre diversos idiomas muestran que la base del ritmo poético no está en la fijeza de los acentos ni en la igualdad silábica, sino en la regularidad y equivalencia cuantitativa de los intervalos comprendidos entre las sílabas acentuadas..." 8.

Para Jaimes Freyre, la importancia de su teoría, manifestada desde las primeras líneas del prólogo, es evidente. Y la base en que apoya ese valor está en el carácter de "ley" que da a su teoría, válida no solamente para explicar el mecanismo de los versos conocidos en español, sino también —como verdadera ley— para crear nuevas combinaciones. Este carácter absoluto ya se atenúa en el propio Jaimes Freyre cuando éste reconoce que hasta la combinación de períodos diferentes puede formar versos siempre que la misma combinación se mantenga en todos los versos o se establezcan combinaciones aceptables al oído 9.

Además, sin adelantarnos a la época del autor, quedaban fuera del rigor de la "ley" sectores de la versificación castellana. Y en cuanto a lo de "ley", imaginamos que Jaimes Freyre —poeta— pensó más en lo que significaba dentro de formas tradicionales, que en su valor de posible norma futura. Pero esto no amengua el mérito que, particularmente dentro de la versificación regular castellana, tiene el estudio del escritor americano. Así, pues, su mérito se mantiene si tomamos en su sentido absoluto el título de la obra: **Leyes de la versificación castellana**, como dice en realidad, mejor que el de *Las leyes de la versificación castellana* (éste es el que da a entender Jaimes Freyre en su interior).

Desde la época en que Jaimes Freyre construyó su "arte rítmico" hasta hoy, parece haber pasado un tiempo mayor del que realmente transcurrió. La obra permanece, así, un tanto en la penumbra o decididamente olvidada. Pero la culpa no es de Jaimes Freyre. Con todo su saber —y mucho está en el librito sobre las **Leyes de la versificación**— no podía prever el extraordinario desarrollo de lo que comúnmente se llama verso libre, sobre todo en ciertos momentos de nuestro siglo. El propio Jaimes Freyre creyó oportuno —para dar adecuada proporción a la obra— dedicar un último capítulo al "Moderno verso libre o pol morfo", al cual, en síntesis, considera como una vuelta al primitivismo, aunque no vuelta total. Por lo menos, en Jaimes Freyre la explicación es previsible 10.

Claro también que por este camino podemos nosotros plantearnos una vez más el problema de si todo lo que hoy se considera verso, por el hecho de colocarse en renglones cortados, lo es (naturalmente, hablo aquí de verso y no de poesía). Este problema quedaba —en realidad— fuera de Jaimes Freyre, más aún en los casos extremos y hoy corrientes de libertad total ¹¹.

Repito, pues, que la obrita de Jaimes Freyre parece más alejada de lo que en rigor está, pero ello no se debe a la obra en sí. El verso rítmico sigue hoy manteniendo vigencia y, todavía, puede decirse que ha reconquistado algunas zonas temporariamente perdidas. En su explicación y conocimiento, las *Leyes de la versificación castellana* de Ricardo Jaimes Freyre constituyen aun hoy un libro útil, con rigurosa disposición de tratado pero también con finas captaciones de quien —no olvidemos— más que teorizador del verso, era creador de poesía ¹².

Al comienzo de estos párrafos cité los elogios de Unamuno ante las primicias que Jaimes Freyre publicó en la "Revista". Nada mejor —aunque no tengan la rotundidad de aquéllos— que cerrar esta parte recordando juicios de un notable crítico americano y de un muy digno crítico español. El americano —don Pedro Henríquez Ureña—, que, en este caso, es también maestro en temas de métrica, llegó a destacar "la interesante teoría de los períodos prosódicos de Ricardo Jaimes Freyre, poeta y teorizador ¹³. El español, que sabía mucho de cosas de América, es Enrique Díez Canedo. En uno de sus estudios, dedicado a hablar de "Poetas de Bolivia", Jaimes Freyre ocupa lugar fundamental. Y dice acerca de su teoría métrica: "...me parece ingeniosa y fuerte... Sobre todo, considerándola en sentido de explicación y método, no de receta, la teoría del período prosódico es digna de atención..." ¹⁴.

En fin, aunque a menudo se lo olvide ¹⁵, Jaimes Freyre queda como uno de los meritorios estudiosos de la métrica española, con el agregado de que su nombre pertenece al sector americano, que tanto ha contribuido a su mejor conocimiento (recordemos que están también aquí Andrés Bello, Hanssen, Vicuña Cifuentes, Saavedra Molina y Pedro Henríquez Ureña).

NOTAS

1. Ver «Revista de letras y ciencias sociales», Tucumán, 1906, V, Nº 25, Discurso inaugural de Juan B. Terán.
2. Unamuno, «Leyes de la versificación castellana», en «Revista de letras y ciencias sociales», Tucumán, 1906, IV, Nº 19, págs. 26 y 34.
3. Ver «Revista de letras y ciencias sociales», Tucumán, 1906, V, Nº 27, págs. 182-184.

4. «...El ritmo es la división del verso en partecillas de una duración fija, señaladas por algún accidente perceptible al oído. En castellano (y según creo, en todas las lenguas de la Europa Moderna), este accidente es el acento. Los acentos que hacen este oficio en el verso, se llaman «rítmicos». (Cf. Andrés Bello, *Ortología y métrica*, en *Obras completas. Opúsculos gramaticales*, I, Madrid, 1890, págs. 271-272. Ver desarrollo general de las ideas de Andrés Bello, págs. 255-384).

Dos principios de ortología y métrica de la lengua castellana, de Andrés Bello, se publicaron por primera vez en Santiago de Chile, en 1835.

5. Ver Jaimes Freyre, «La ley del ritmo», en «Revista de letras y ciencias sociales», Tucumán, 1905, III, Nº 15, pág. 193.

6. Es de rigor decir que Andrés Bello había patentizado igual aspiración. En *El Araucano*, de Santiago de Chile (18 de julio de 1835), exponía que sus reglas de la métrica se comprimen «reduciendo todos los metros que se han usado o pueden usarse en castellano a cinco clases generales...». (Cit. por Miguel Luis Amunátegui, Introducción a Bello, *Obras completas. Opúsculos gramaticales*, I, pág. 64).

7. Ricardo Jaimes Freyre, *Leyes de la versificación castellana*, Buenos Aires, 1912, págs. 97-98 y 104.

8. Ver Tomás Navarro Tomás, Nota bibliográfica a G. S. Morley, «A note on the spanish octosyllable...», en «Revista de Filología Española», Madrid, 1926, XIII, pág. 71.

Hasta pueden agregarse aquí —sin exagerar— atisbos de Rubén Darío: «Elegí el hexámetro por ser de tradición grecolatina, y porque yo creo, después de haber estudiado el asunto, que en nuestro idioma, «malgré» la opinión de tantos catedráticos, hay sílabas largas y breves, y que lo que ha faltado es un análisis más hondo y musical de nuestra prosodia...». (Rubén Darío, *Historia de mis libros*).

9. Jaimes Freyre, *Leyes de la versificación*, págs. 75-76, 104-105 y 110.

Jaimes Freyre señala con orgullo que «ningún poeta de lengua castellana ha ensayado, que yo sepa (salvo una excepción) la combinación artística de períodos prosódicos diferentes». (Y anota a pie de página el ejemplo de su *Castalia bárbara*) (pág. 76). Pero Darío —entre otros— ya había utilizado períodos prosódicos diferentes. El caso de Darío es el ejemplo por excelencia, sobre todo en lo que se refiere a la estrofa, pero no oculta nuevos ejemplos, igualmente interesantes y aún más llamativos: así, el de Carlos Alfredo Becú (que hoy podemos conocer mejor a través del libro reciente de Max Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo*, México, 1954, págs. 173-176).

A propósito de Darío, en el prefacio de *Cantos de vida y esperanza* (Madrid, 1905), su visible deseo de destacar la falta de novedades métricas en España lo lleva a elogiar —comparativamente— los aires de renovación métrica en formas y géneros poco ambiciosos.

«En cuanto al verso libre moderno —dice Darío— ¡no es verdaderamente singular que en estas tierras de Quevedos y de Góngoras los únicos innovadores del instrumento lírico, los únicos libertadores del ritmo, hayan sido los poetas del *Madrid cómico* y los libretistas del género chico!».

10. Cf. con la actitud de Lugones —del Lugones teorizador de la métrica, de los últimos años— y su defensa del ritmo y de la rima.

11. Recordemos que hasta hace años, aún había ciertas limitaciones:

«En la nueva lírica —escribió Guillermo de Torre en 1925—, los mejores poetas que prescriben sistemáticamente la rima, usan, en ocasiones, del ritmo. Ritmo personal, variable, no sometido, claro es, a cánones ni medidas, y si solamente a la armonía expresiva del sujeto o a la cadencia visual de las metáforas. La reiteración de ciertas palabras, la colocación central de algunos versos sintetizadores del ley-motivo determinante, forman un a modo de eje en torno al cual fluye cadencioso el ritmo dinámico y oscilante del poema novestructural» (ver Guillermo de Torre, *Literaturas europeas de vanguardia*, Madrid, 1925, pág. 332).

12. Precisamente, y no sin cierta paradoja, esta superposición hacía que, en ocasiones, Jaimes Freyre identificara lo que no siempre puede identificarse:

«Dos períodos monosílabos compuestos —dice— nos dan un verso excelente...» (pág. 58).

Otro ejemplo:

«Dos períodos prosódicos tetrasílabos puros forman un verso bellísimo...» (pág. 59).

13. Cf. Pedro Henríquez Ureña, *La versificación irregular en la poesía castellana*, Madrid, 1933, pág. 327.

14. Enrique Díez Canedo, *Letras de América*, México, 1944, pág. 272.

Otros elogios «recordables» acerca de las *Leyes de versificación*:

—Arturo Torres Ríoreco, «Ricardo Jaimes Freyre» (en *Ensayos sobre literatura latinoamericana*, México, 1953, pág. 194).

—Pablo Rojas Paz, «Descubrimiento y conquista del endecasílabo» (en «La Prensa», de Buenos Aires, 3 de mayo de 1942). Pero éste cita de manera incompleta la teoría de Jaimes Freyre: Rojas Paz habla sólo de períodos «pares» e «impares». Esta denominación no corresponde a Jaimes Freyre y —si no del todo inexacta— es incompleta para abarcar la teoría.

15. Por ejemplo, en la reciente obra de Emiliano Díez Echarri, *Teorías métricas del Siglo de Oro* (Madrid, 1949), hay una nutrida bibliografía sobre la métrica española (ver págs. 11-27), pero no figura Ricardo Jaimes Freyre. La presencia, en cambio, de algunas obras insignificantes obliga a pensar que la omisión se debe al desconocimiento y no a otra causa.

Por lo pronto, en Jaimes Freyre se encuentra algo del intento ambicioso que señala Díez Echarri al comienzo de su obra, y mientras analiza con severidad lo hecho hasta hoy:

«En general, nuestra métrica ha sido estudiada *a posteriori* y con carácter exclusivamente normativo. Se ha dado por bueno lo hecho, sin pararse a pensar si aquello era lo mejor, o si cabía, por el contrario, en ayar otros métodos. Cuando el ensayo ha llegado y se ha visto, como en el caso de Rubén Darío, que daba excelentes frutos. Los preceptistas se limitaron a registrar el fenómeno, yendo de esta manera a la zaga del poeta» (id. pág. 37-38).

Por supuesto, disiento con el final del párrafo: me parece muy natural —y corresponde— que los poetas vayan delante.

EMILIO CARILLA

BIBLIOGRAFIA

HERMAN NOHL, *Antropología pedagógica*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.

CONOCER Y COMPRENDER AL HOMBRE PARA EDUCARLO

No parece otra la finalidad del estudio de Herman Nohl, titulado en alemán «Carácter y destino», y traducido al castellano con el nombre de «Antropología Pedagógica», cuya primera edición vió la luz en 1938.

Libros de esta naturaleza y jerarquía no pierden el interés y así lo han confirmado los hechos, puesto que las sucesivas ediciones de esta obra siguen mereciendo la atención del público.

La antropología pedagógica sólo puede brotar verdaderamente en un campo: el trato con las personas. Recurriendo a todo un conjunto de ciencias auxiliares tales como la psicología, la psiquiatría, la teoría de la herencia, la etnología y la sociología, tendremos que arrancar siempre de lo mismo: la observación personal y directa del individuo: hijo, discípulo, educando. Por eso Herman Nohl se pregunta con Pascal: «¿Qué quimera es, pues, el hombre?», y como el autor de «Pensées» exclama como respuesta... «qué novedad, qué ser contradictorio, qué prodigio»...

Arduo y perenne problema el de la educación del hombre; el más irresistible y el más libre de los procesos, puesto que la educación del hombre no se termina sino con la vida y nunca se realiza completamente; (para bien diría el poeta Tharaud, en aquella oración que pone en boca del maestro: «Señor, no permitáis que yo transmita mis ideas viejas en sus cerebros frescos, ni mi aburrimiento en su entusiasmo...»). Emprime pues Herman Nohl su trabajo, presentando las leyes estructurales de la existencia humana, el carácter objetivo y el carácter subjetivo, la importancia del recuerdo para el carácter, y finalmente, pasa a considerar las formas de vida. Allí se encuentra el apasionante problema de los temperamentos, las diferencias sexuales y étnicas, la situación de vida y profesiones y, en fin, el factor espiritual libre, que eleva el impresionante desfile de

las formas espirituales y las diversas aptitudes del hombre ante lo absoluto.

Todo es esfuerzo en esta obra, para que el educador sepa según las palabras de Platón "Clavar la mirada en toda el alma" y que en su acción piense en la estructura total de la existencia humana: unidad total, cuerpo y alma, que expresa su interioridad con palabras y ademanes; unidad que en las creaciones geniales revela su entrelazamiento de naturaleza y libertad. El aspecto referente al problema de la libertad espiritual en el proceso de la educación, interesa sobremanera a Herman Nohl. El educando se presenta lleno de contradicciones.

Muy pronto se enfrenta el autor con el problema del poder y la impotencia de la educación. ¿Hasta dónde logrará la educación cambiar, modificar o racionalizar las partes integrantes que la naturaleza pone en el individuo y en qué medida se logrará la unidad individual?... Esa es la incógnita que se plantea. Y Herman Nohl cita las palabras del poeta Hölderlin: "Como comiences a ser, serás siempre. Por mucho que puedan la necesidad y la disciplina, lo que más puede es el nacimiento". Y añade con Guillermo Humboldt: "Siempre he opinado que el hombre, si nos fijamos en lo esencial de su carácter, no llega nunca a cambiar, en realidad. Se desprende de errores y trueca, no pocas veces, sus virtudes y buenas costumbres por otras malas, pero su modo de ser... sigue siendo el mismo, indudablemente, desde su infancia hasta su muerte."

El educador persigue formar una unidad armónica; desea superar esta tensión de instintos y tendencias entre las cuales avanza la vida.

Por eso el autor nos recuerda: "Schiller pinta, una y otra vez con un sentimiento de envidia, este tipo armónico del hombre que él ve a personificado en Goethe". "El niño vive en la unidad hasta que llega el momento en que la discusión, entre sensualidad y espiritualidad, le revela la dualidad de la vida". Parece que el combate de la educación está en la determinación espiritual, el enfrentamiento espiritual con la vida. "Claro que luego se echa de ver, dice Nohl, que la determinación espiritual puede penetrar hasta la misma constitución fisiológica."

Pero el lector no podrá dejar de impresionarse ante las palabras que Herman Nohl cita pertenecientes a Ranke: "La educación no consigue nunca cambiar la naturaleza congénita del hombre. Y tal vez sea lo mejor que pueda ocurrir, pues de otro modo no haría sino sacrificar la individualidad original a los conceptos generales".

La autonomía del yo, como lo llamamos acertadamente, explica muchos misterios en esta apasionante tarea de educar. Dice Nohl: "Pondremos fin a esta larga peregrinación por el mundo de las almas, con algunas citas que contribuyan a iluminar con un resplandor la oscuridad de la naturaleza humana; su dualismo, su encadenamiento y su libertad. Escribe Unamuno: "Don Quijote discurría con la voluntad, y al decir "Yo sé quien soy" no dijo sino "¡Yo sé quien quiero ser!" Y es el quicio de la vida. Sólo el héroe puede decir: "Yo sé quien soy". Y a modo de conclusión añade: "Quien aspire a formar hombres, necesita conocer sus posibilidades, lo mismo las grandes que las peligrosas".

FRANCISCO MAFFEI.

SUSAN ISAACS, Conflictos entre padres e hijos. Editorial Psique, Buenos Aires, 1955.

"A menudo, la mera atenuación de la ansiedad de los padres, gracias al conocimiento de que los años de la infancia traen consigo tormentas y crisis, es capaz de aliviar las dificultades de los padres y por ende de los hijos".

La veracidad de esta observación, convierte en fundamental el conocimiento de las dificultades típicas del desarrollo en la infancia, para lo cual la obra de Susan Isaacs resulta una contribución de provecho.

El material para **Conflictos entre padres e hijos** ha sido recogido de la nutrida correspondencia que padres y "nurses" dirigieron a la autora durante los años 1929-1936 y que ella respondió bajo el seudónimo de "Ursula Wise" en *The Nursery World*.

Dichas cartas plantean problemas surgidos, en su gran mayoría, como consecuencia de los obstáculos de tipo social y emocional que se presentan al niño en los primeros años de vida; y el método de exposición de la obra otorga a la misma un carácter vívido por el planteo de situaciones reales y concretas.

Las consultas han sido agrupadas en diez capítulos, de acuerdo con el aspecto dominante de aquéllas. Pero, como la autora ad-

vierte, le ha sido difícil establecer tal clasificación, pues un mismo estado de angustia suele motivar las más diversas manifestaciones y en la mayoría de las veces los padres están lejos de sospechar la menor vinculación entre lo que el niño exterioriza y algunos de los sucesos que ha vivido.

El primer capítulo, titulado "Padres, niñeras y niños", plantea y aborda cuestiones que permiten aconsejar criterios de validez general para el trato con los niños. Decirles la verdad sin profundizar en detalles innecesarios, sin reticencias y en el momento oportuno, habrá de contribuir al aplomo del pequeño. En materia de buenos modales incitar con el ejemplo y no de palabra, creando un clima de deferencia espontánea y amabilidad, ya que sería muy extraño que en un ambiente en que los mayores trataran al niño con el mismo respeto que a un adulto, éste no respondiera con idéntica cortesía.

Cuando ambos padres participan en la educación del hijo, en la misma proporción e indistintamente, sin fomentar un desarrollo unilateral, el niño alcanza el máximo de estabilidad emocional y para ello necesita que sus padres convivan en plena armonía. El adulto ha de tener presente que "los niños son extremadamente sensibles a las actitudes que ellos asumen", por lo cual firmeza, paciencia, comprensión, buen humor y sobre todo sensatez, son las mejores armas en la orientación de los infantes.

Al padre afligido por saber si sus hijos carecerán del sentido de la responsabilidad cuando adultos, Susan Isaacs les formula las siguientes reflexiones: en lo que atañe a la preparación para la vida social, advirtamos que no hay "recetas para hacer de un niño un conductor más bien que un secuaz". La vida social se funda en la responsabilidad individual y los servicios recíprocos. La única manera de desarrollar el sentido de la responsabilidad es ejercitándolo, dándole al niño auténticas posibilidades de elección, asignándole tareas a su alcance, permitiéndole jugar libremente, pues su necesidad de compañía es tan grande como la de cuidados y protección. En el trato con los demás, el pequeño irá forjando su temple para afrontar los "dares y tomares de la vida en sociedad", y ninguna enseñanza verbal puede competir con la experiencia.

El capítulo segundo, "Obediencia, disciplina y castigos", se halla precedido por un artículo de singular valor para padres y maestros y condensa el sensato y autorizado parecer que la autora sustenta con respecto de tales factores. En efecto; es eterno el problema de conseguir que la gente menuda obedezca. La obe-

diencia es sólo un medio de educación y no un fin en sí misma, ni un "objetivo último". Pero la obediencia es necesaria en ciertos casos y entonces forma parte de la responsabilidad biológica del progenitor.

El fracaso de muchos padres y maestros, se debe a que no saben determinar las circunstancias en que hay que demandar obediencia y tampoco el modo cómo impartir órdenes. Deben aquéllos estar seguros de que sus requerimientos sean unánimes, razonables y adecuados con la edad y necesidades del niño. Hay que exigir a tiempo y sin vacilaciones, cuidándose de no suscitar oposición y terquedad, y crear, de este modo, el círculo vicioso de reproches y reniegos por parte del adulto y actitudes desafiantes por parte del niño.

El niño vive en presente, con escaso sentido del futuro y del pasado; por eso, sus deseos son más urgentes y el adulto ha de tratar de no irrumpir violenta y bruscamente en el ámbito de sus intereses. Antes que dar una orden perentoria, conviene advertir, con unos instantes de anticipación, lo que se exige del niño, y una vez enunciada la orden, debe mantenerse con absoluta firmeza.

La obediencia que posee valor social se sustenta en la confianza, el afecto y la naturalidad, y se afianza por la experiencia.

Es obvio hacer notar que los castigos corporales deben ser radicalmente suprimidos y reemplazados, en cuanto a medios de formación, por el equilibrio y el afecto.

En otros capítulos de la obra que nos ocupa, se consideran aspectos tan interesantes como el de los celos, las fobias y angustias, la destructividad y agresividad, la educación sexual, etcétera, cuya sola enunciación anticipa la importancia que **Conflicto entre padres e hijos** tiene frente a los eternos problemas de la conducta infantil, problemas que en nuestro medio despiertan, afortunadamente, cada día mayor interés, como lo demuestran la frecuencia de las publicaciones dedicadas a encararlos, las consultas postales dirigidas a numerosas revistas y el establecimiento de clínicas de conducta.

Este libro fué traducido del inglés por José Clementi.

OELIA AGUDO.

NICOLA ABBAGNANO, *Introducción al Existencialismo*. Brevarios del Fondo de Cultura Económica, México, 1955.

Todas las épocas de crisis en que la humanidad, o gran parte de ella, se ha visto enfrentada ante acontecimientos variados y complejos (crisis efecto de exuberancia desordenada, de vitalidad desatada, no decadencia aunque pueda llevar a la decadencia) traen consigo un nuevo camino de liberación, en el que la idea concreta del hombre ha tomado raíces más profundas en el seno de las sociedades, para ir cobrando significado, la necesidad de saber qué es lo que podemos perder y qué lo que debemos salvar en este proceso que hoy constituye el producto de una inmanencia en la historia de la civilización humana.

El indiscutiblemente, por encima de mitos paganizantes, de culturas corrompidas, de artificios más o menos sutiles de dominación, se ha venido a extraer que urgía —antes que cualquier clase o tipo de ciencia o cultura— la salvación del hombre.

El presente libro constituye, a mi entender, un profundo análisis estructural de la existencia, en el que no se admite, ningún trabajo o actividad especulativa doctrinal, si no es con referencia al hombre encarado en su integridad trascendente con relación al ser.

El existencialismo es una actitud inherente del hombre, es una posición ante la vida en que se revela nuestro ser único ante nosotros mismos, y ante los demás hombres, y en la que nuestra conciencia, es conciencia de nosotros mismos y de los demás hombres.

Así los problemas filosóficos incumben al ser del hombre, a la concreta actividad de su existencia, no al hombre en conjunto, sino al hombre en particular.

El existencialismo no es la crítica de un problema aislado al que pueda o no darse importancia, sino que es el problema mismo de justificación y de fundamento en que se halla involucrado un existir cual es el propio del hombre.

"El ser que somos nosotros, se llama existencia, conciencia en general, espíritu, se llama ex-sistencia. El ser que nos rodea, se llama mundo y trascendencia" 1. "Ahora bien, si el

hombre se constituye en virtud de la relación, que pone él mismo, consigo y con el mundo, el acto de su constitución es un acto de **trascendencia**. Ponerse en relación consigo mismo y con el mundo significa para el hombre **trascender** hacia sí mismo o hacia el mundo" 2.

En todo trabajo o acto humano el hombre elige y aparta, selecciona, acepta y toma posesión cuando encuentra lo que busca, con absoluta libertad. De esta libertad y esta búsqueda nace el problema de la filosofía en el hombre y con el hombre.

En conjunto y cada uno de por sí sabe que el hombre existe antes y después de la investigación. Es cosa de nuestra libertad, por la cual sabemos que se halla supeditada a un conocimiento obligatorio, pero que no está incluida en ella a modo de objeto de conocimiento, pues cuando nos investigamos, dejamos de ver libertad, para ver sólo ser-así finidad, figura relación, necesidad causal. Pero es a base de libertad como adquirimos conciencia de nuestro ser humano.

El análisis estructural-existencial del hombre no puede ser tratado en función de un objeto de conocimiento que esté fuera del hombre, en cuanto relación vital del proceso existencial, pues las consideraciones complementarias que se agreguen desde fuera de mí, no serán **causa, fundamento**, sino sólo efectos de comprobación de mi existir. La índole problemática de mis decisiones existenciales no son puramente actos voluntarios, sino que, están integradas por un todo, mi ser, y que por eso mejor se llamarían actos existenciales.

La situación futura que se presenta indeterminada en su imposibilidad, pero que sin embargo, debe ser, con una situación inicial puede llamarse estructura. Así entonces, el movimiento en que se realiza la unidad del pasado y del porvenir, esto es la **temporalidad**, es por ende la realización del hombre, de su personalidad.

Pero para que esto así sea, la elección existencial constituye uno de los primeros pasos, en que el hombre cumple al llamado de su ser; la alternativa que se le ofrece continuamente, a elegir a una verdadera posesión de sí, a la posesión de las propias posibilidades, o banalizarse entre la vida anónima e insignificante sin probabilidades de enraizarse en la historia.

1. Karl Jaspers, *La Fe Filosófica*. Ed. Losada. 1953.

2. Nicola Abbagnano, *Introducción al existencialismo*. México. 1955.

El existencialismo toma de las doctrinas filosóficas, todo aquello en que el hombre aparezca humanizado en relación a una trascendencia en la que juegan factores que no puede desear, y que constituyen la universalidad hacia la que tiende en su búsqueda hacia el ser, a la universalidad que funda su individualidad en vez de aniquilarla.

En una primera etapa, la extrañeza del hombre ante las cosas de su alrededor, lo sumergieron en planteos de verificación y separación, de principios y teorías que querían tratar la posición real, el sentido de todo aquello que no estaba en él, pero que formaba parte de él de una manera general, en el que primaban ante todo las formas, más que el contenido mismo.

Pero la historia de los pueblos presenta dificultades inesperadas, y la realidad es, que el hombre consciente o inconscientemente, fué perdiendo valores sobre los cuales deseaba sustentarse, y que constituían el objeto único de toda búsqueda. Necesariamente el retorno se hace inminente, "porque lo problemático en él no son las soluciones, sino el problema mismo" 3.

Y en esta problematicidad gira la existencia del hombre que lo pone frente a la elección entre el tiempo y la eternidad. "La sustancia problemática de mi estructura existencial es así la norma de mi decisión" 4.

En el problema decisorio de mi actividad existencial en donde debo reconocer el estado de indeterminación como posibilidad de alcanzar el ser, estriba el movimiento dinámico, el retorno incesante sobre mí mismo y sobre las razones del propio ser.

De hecho, esta relación de la existencia con el ser, se ha dado en Heidegger como la imposibilidad de que ella no sea la nada, y en Jaspers, como la imposibilidad de que ella sea el ser.

Pero a estas dos posiciones, opuesta la una de la otra (en la primera se afirma que la existencia no se desliga jamás de la nada, y en la segunda, que la relación con el ser que la existencia puede establecer no es jamás un llegar a unirse, a identificarse), Nicola Abbagnano ha expuesto una que le es propia, en la que afirma la problematicidad originaria

3. Julián Marías. *El Tema del Hombre*. Austral. 1952.

4. N. Abbagnano. Ob. cit.

del hombre, definiendo la existencia por la posibilidad de que ella sea la relación con el ser. En esta forma última, en la que la existencia encuentra en sí misma su significación positiva y autosuficiente, ella no se niega realizándose, sino que se afirma justo en aquello que es, esto es, en su esencia o naturaleza de relación.

Del estatismo de las dos primeras posiciones anteriores, en el que el verdadero problema era aniquilado, surge esta última, que no admite conciliación, sino que contempla en su verdadero significado, la comprensión del término "relación" que hace de coadyuvante, por obra del acto de su realización, a la resultante existencia-ser, que es así mi sustancia problemática y la norma de mi decisión.

Este movimiento incesante que actúa como condición y término final interpretativo, realiza la autenticidad de la existencia y puede describirse en su totalidad como una "interpretación existencial de la sustancia" 5.

Conocemos al Profesor Nicola Abbagnano, pues ha estado hace unos años entre nosotros pronunciando conferencias en muchos centros culturales del país, y además, porque contamos con la traducción de su "Historia de la Filosofía" que es un verdadero aporte de enriquecimiento a la cultura italiana.

Su inclinación desde joven hacia la filosofía, ayuda a entender y justificar los desarrollos que ha alcanzado su pensamiento, hasta llevarlo a ocupar el primer lugar entre la nueva generación de filósofos italianos con Banfi, Guzzo, Spirito, y ser considerado el jefe reconocido del existencialismo filosófico italiano.

Desde unos de sus primeros ensayos, "Le correnti irrazionali del pensiero", adquirió una actitud crítica frente al neoidealismo de Croce y Gentile, que postulaban la identidad de lo real y lo racional y por lo tanto de vida y pensamiento.

Abbagnano postula la heterogeneidad y separación de los dos términos. De la antinomia de la vida que urge y el pensamiento que quiere aprisionarla en sus esquemas, nace el problema de la verdad.

El pensamiento no sustituye la vida como tal, sino que se limita a simbolizarla. Traducir en términos lógicos la pujanza de la vida no quiere decir proporcionar un correspectivo de la vida misma, que jamás se cristaliza en una fórmula porque continúa fluyendo incoerciblemente.

5. Idem.

Esta nueva posición nada teológica, separa a Abbagnano no sólo del neoidealismo, sino de toda forma de intelectualismo contemporáneo y hasta del intuicionismo y del irracionalismo.

Un ensayo suyo sobre la obra de Guillermo de Ockam puede considerarse como el anticipo o anuncio de su posición de hoy.

Ockam pone como fundamento de todo conocimiento a la experiencia. El dogma debe ser catado críticamente con la piedra de toque de nuestra experiencia. Este empirismo lo llevó a profundizar las relaciones existentes entre la realidad externa y el concepto que de ella nos formamos, es decir, entre la vida y el pensamiento, para concluir que dicha relación no puede ser sino simbólica.

En las meditaciones de Abbagnano surge como se ve, el problema de la vida y de su irreductibilidad a pensamiento.

Duns Scoto que fué considerado el maestro de Ockam, fué el que concilió el espiritualismo de San Agustín y el intelectualismo de Santo Tomás, pero mientras Scoto tiene confianza en poder explicar el dogma en términos de razón, Ockam abandona esa esperanza y lo sustituye por experiencia. Así en esta corriente, entra Abbagnano con leves reminiscencias de los más grandes pensadores cristianos: San Agustín y Santo Tomás.

El existencialismo de Abbagnano no puede ser confundido con algunas actitudes pesimistas de filósofos contemporáneos antes citados (Heidegger, Jaspers) o Sartre (la existencia como la nada), porque en él ha sumido caracteres rigurosamente positivos, que trascienden optimismo y pesimismo para elevarse a la visión de la vida como dignidad y responsabilidad.

Cuando habla de humanidad, de hombre, es evidente que no se refiere al hombre físico y a su biografía sino a los problemas de su existencia. El hombre es el símbolo de la realidad en la cual vive, y, cuando piensa, replegándose sobre sí mismo, enfrenta no ya su problema personal, sino todo el problema ontológico del ser y su existencia. El ansia del hombre es la vida, la creación, la fe, que solas engendran la historia y guían nuestra conducta. En este aspecto el existencialismo positivo de Abbagnano constituye una luz salvadora en el desierto estéril de la nada.

Antes de terminar deseo transcribir el trozo de un libro de un filósofo, cuyos temas y puntos de vista coinciden con

los de la filosofía actual, y además encierran enorme sugestión.

... "La luz existe, porque habláis de ella, Señor, y decís de ella: ¡Hágase!

Pero entre mi alma y la luz hay la diferencia de que vuestra palabra de que yo sea es más grande y más bella que la que creó la luz. Porque vos, decís: "¡Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza!". La luz fué creada; dura, porque dura vuestra palabra; pero la palabra que la crea es una palabra breve y terminada, y no una palabra creciente como la que crea mi alma. Esta palabra: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" esta palabra va creciendo siempre, porque es una perpetua exhortación. Dios se exhorta a desenvolver y a perfeccionar la obra maestra de la creación, porque quiere que el alma tenga vida, y la tenga cada vez más abundantemente, dice el Evangelio (Ut vitam habeant, et abundantius habeant. Joan, X, 10). Y San Agustín dice que nuestra vida consiste en ser "perpetuamente hechos por Dios, perpetuamente perfeccionados por Dios al tenernos siempre ligados a El". (Semper ab illo fieri, semperque perfici debemus, inaherentes ei.).

... Jamás vendrá un tiempo en que yo esté acabado. La luz fué, desde su origen, lo que hoy es, lo que será. Pero yo seré lo que aún no soy, y entonces tendré todavía un abismo de esperanzas, y así sin fin. Mi vida, mi ley, consiste en creer en Dios porque soy su hijo, hijo adoptivo, pero siempre levantado más alto por el amor de un Padre todopoderoso. "Mi hijo, dice la Sagrada Escritura, es un hijo que crece" (Filius accrecens. Gén., XLIX, 22) 6

El crecimiento continuo es la única imagen concebible del infinito.

OSCAR FRANCISCO SANTAGADA.

6. Padre Gratry. *De la connaissance de l'âme*, lib. I, cap. I, 1-2.

JORGE L. BORGES y A. BIOY CASARES, *Cuentos breves y extraordinarios*. Ed. Raigal. Buenos Aires, 1955.

"Uno de los muchos agrados que puede suministrar la literatura es el agrado de lo narrativo". Este libro quiere proponer al lector algunos ejemplos del género ya referentes a

sucesos imaginarios, ya a sucesos históricos. Hemos interrogado, para ello, textos de diversas naciones y de diversas épocas, sin omitir las antiguas y generosas fuentes orientales. La anécdota, la parábola y el relato hallan aquí hospitalidad, a condición de ser breves.

"Lo esencial de lo narrativo está, nos atrevemos a pensar, en estas piezas; lo demás es episodio ilustrativo, análisis psicológico, feliz o inoportuno adorno verbal..."

Con estas palabras presentan sus colectores esta muy interesante serie de narraciones, que, como bien dicen, sólo contienen los rasgos esenciales, el suceso desnudo, la situación sin su circunstancia, en otras palabras, el hecho sin una gota de retórica, de ambiente, de análisis. Tomemos como ejemplo este trozo del Capítulo LXV de la *Decadencia y caída del Imperio Romano* de Gibbon:

"Ibrahim, príncipe de Shirvan, besó la ínfima grada del trono de su conquistador. Sus ofrendas de sedas, de alhajas y de caballos constaban (según es uso de los tártaros), de nueve piezas cada una, pero un espectador observó que sólo había ocho esclavos. El noveno soy yo, declaró Ibrahim, y su lisonja mereció la sonrisa de Tamerlán".

Hallamos aquí la narración simple y llana de un hecho. Se ha cuidado el no describir ni lugar, ni circunstancias, pero asimismo se ha cuidado el no omitir detalles esenciales. Y es precisamente esta rigurosidad del detalle, unido a la ausencia de descripción, lo que permite que la imaginación del lector tome una parte importante, completando el cuadro que le propone la escueta enumeración. Y así, agrega: Ambiente, descripción de la corte del tártaro y de sus componentes, el porqué de las ofrendas, la situación psicológica y social de los protagonistas, las distintas posibilidades de contestación de Tamerlán, etc., etc., todo según su propia narrativa.

A este natural excitante debemos agregar lo fantástico, ingrediente que, en mayor o menor grado, poseen la mayoría de los cuentos transcritos y que es, lógicamente, un factor de gran importancia que coadyuva a la tarea de complementación realizada por el lector.

Otro ejemplo, extraído éste del *Mostratref* de Ahmed el Ibelichi, dice así: "Estalló una revuelta en el ejército. Un korasiano se abalanzó sobre su cabalgadura para ensillarla, pero, en la confusión, puso la cabezada en la cola y dijo al caballo: ¡Cómo se te ha ensanchado la frente y cómo se te ha alargado la crin!".

Inclusive tanto en éste como en el cuento anterior existe una esquemática moraleja, o quizá mejor dicho, un móvil: en el primer caso sería la admiración (o la astucia), en el segundo el miedo (o la cobardía).

De lo dicho anteriormente concluimos que, además de su valor literario, esta antología posee un singular valor pedagógico: puede muy bien servir como base para que el maestro o profesor incite o facilite el desarrollo de la imaginación de sus alumnos (y creemos que nunca será suficiente todo lo que se haga en pro de este desarrollo, tan importante para la formación total de la personalidad del hombre).¹

Vemos su aplicación de la siguiente manera: Tomándose uno de los cuentos se lo propone a los alumnos. Luego se lo hace copiar y se les pide que, en forma de composición, desarrollen estos puntos: 1º) Qué es lo que ha querido expresar, en definitiva, su autor; 2º) Que nos complete el cuento, describiéndonos todo lo que, a su criterio, falta para hacerlo una pieza literaria más extensa y terminada.

Además, otra posibilidad es la de, una vez narrado el cuento por el maestro o profesor, hacer contestar oralmente a los alumnos (con lo que, por otra parte, se ejercitarían en el uso de la palabra hablada natural —que no es lo mismo que explicar una lección—), sobre el primero de los puntos indicados arriba. Surgirían así distintas contestaciones que podrían ser conducidas hasta la discusión para fundamentar las diversas interpretaciones, las que, dada la índole enigmática de muchos de los cuentos seleccionados, no son pocas. Por ejemplo, cuántas posibilidades no surgen de éste, cuyo autor es R. F. Burton:

"En las Islas Canarias se levantaba una enorme estatua de bronce de un caballero que señalaba, con su espada, el Oeste. En el pedestal estaba escrito: Volveos. A mis espaldas no hay nada".

¿Qué contestarían a esto, niños y jóvenes? ¿Qué posibilidades verían en él? Creemos que una experiencia de esta índole no puede ser más que beneficiosa y que realmente sería muy interesante intentarla en nuestras escuelas.

FERNANDO VIDAL BUZZI.

1. Queremos dejar aclarado que, al no estar directamente dedicados a tareas pedagógicas, desconocemos si nuestra proposición ya ha sido intentado en nuestro país.

LUIS A. SANTALÓ, *La probabilidad y sus aplicaciones*. Iberoamericana, Buenos Aires, 1955.

Quienes deseaban contar con un buen libro en español, sobre las aplicaciones de la probabilidad, han de ver ampliamente colmadas sus aspiraciones con éste que la editorial Iberoamericana ha dado al público en setiembre de 1955. Su autor, el distinguido profesor de matemáticas superiores, doctor Luis A. Santaló, cuya capacidad didáctica es conocida en todo el mundo hispanoparlante y cuya importante obra de original investigador en geometría le han dado justa fama en el ámbito internacional, nos presenta ahora en *La Probabilidad y sus Aplicaciones* un hermoso ejemplo de claridad y un intento de alta divulgación perfectamente logrado.

No es fácil abordar, como lo hace el autor, con limpio estilo, con recursos matemáticos sencillos colocados al alcance de un gran sector de lectores, y, sobre todo, con rigor y amenidad, temas tan variados y ricos en sugerencias, tratándolos, a la vez, con criterio sistemático y esclarecedor.

Uno se siente atraído desde la introducción, donde Santaló hace un interesante comentario sobre el "buen sentido" laplaciano, comentario que nos parece de interés para la psicología del matemático. En seguida anuncia que es propósito del autor "exponer, de la manera más elemental y breve posible compatibles con la claridad, las principales aplicaciones de la probabilidad". Resultará evidente, para quien lea el libro, que ese propósito se ha alcanzado y en forma harto elegante además.

La primera parte de la obra (tres capítulos), está consagrada a un breve y sustancioso panorama del cálculo de probabilidades, sus conceptos principales, sus propiedades y la historia de sus primeros siglos. El que tenga espíritu crítico y llegue a la lectura de este trabajo después de haber estudiado la materia, notará cuánto material ha utilizado el autor, y cómo lo ha reelaborado para esclarecerlo en la metódica exposición. Cantidad grande de nociones, intenciones y escuelas fundamentales quedan con tanta naturalidad comentadas que quizá el no advertido no se dé cuenta de la dificultad de su presentación. Santaló las explica a través de ejemplos, en forma didáctica encomiable; pero, con buen tino, pasa por alto las cuestiones que actualmente suscitan controversias, para no impedir con ellas el logro de los pro-

pósitos por él enunciados en el prólogo y sustentados todo a lo largo de las 234 páginas del texto.

La segunda parte (7 capítulos), está dedicada a las aplicaciones del cálculo de probabilidades. La selección de temas y su didáctica clasificación es otro acierto incuestionable, pues permite demostrar, en rica síntesis, la vastedad de los dominios en que la pascaliana geometría del azar sirve de método al hombre, su siervo y señor.

Por la demasiado generalizada tendencia a los juegos aleatorios en nuestros medios, nos resulta indudable que ha de ser muy estudiado el capítulo relativo a los juegos de azar por los párrafos que lo integran, de interés matemático y del otro (lotería, ruleta, 30 y 40, ruina de jugadores, etc.).

Las probabilidades geométricas son presentadas con abundancia de ejemplos, que, no por clásicos, dejan de ser sumamente atrayentes. En las aplicaciones aritméticas, Santaló hace una ordenada exposición de temas de gran belleza, que deleitan el espíritu.

Las aplicaciones a la astronomía refieren problemas caros a Laplace, sobre el origen de los cometas. En el capítulo dedicado a la física se señalan entre otras las aplicaciones al movimiento browniano, a las estadísticas cuánticas y a la cinética de los gases.

Los problemas del tiro le insumen unas 20 páginas, en las que explica un material utilizable aún en otras ramas de la estadística. Cierra el texto (Cap. X), con las aplicaciones a los seguros (tablas, curvas y fórmulas de mortalidad, vida media y probable, capitalización, renta y problemas de seguros), tratadas clara y concisamente.

En resumen, tratase de un excelente libro, lleno de sugerencias y consejos para el hombre culto, para el estudiante en general y, como necesaria introducción, para el estudiante de ciencias en especial. Además quien se dedique a los estudios económicos y financieros también podrá utilizarlo con sumo provecho, pues le hará posible una clara comprensión de muchos otros campos en donde se aplica la probabilidad, y le hará intuir, así, algo más acerca de su oscura esencia.

EDUARDO H. DEL BUSTO.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

LA 18ª EDICIÓN DEL «DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA»

El 1º de junio de este año se acabó de imprimir, en Madrid, la 18ª edición del «Diccionario de la Lengua Española», publicado por la Real Academia.

El nuevo texto se asemeja, exteriormente, al anterior. Tiene igual tamaño, la misma encuadernación, idéntica factura tipográfica, posiblemente un papel de igual clase. Al hojearlo, se descubre que trae 25 páginas más, lo que hace suponer la inclusión de neologismos, de nuevas acepciones, etc. Las distintas secciones que componen la obra son estas: «Preámbulo-Real Academia (nómina y títulos de los académicos de número, de números electos, honorarios, correspondientes españoles, hispanoamericanos y extranjeros, y miembros de las academias de los veinte países de habla española); académicos fallecidos, personas que han auxiliado a la Academia en los trabajos de esta edición; abreviaturas empleadas; reglas para el uso de este diccionario», y, a continuación del vocabulario, que ocupa 1366 páginas Reglas para la formación de los diminutivos en «-ico», «-illo», «-ito»; de los aumentativos en «-on» y «-azo», y de los superlativos en «-ísimo»; reglas de acentuación; abreviaturas que más comúnmente se usan en español». No hay, esta vez, «Correcciones y erratas».

Recuerda el preámbulo por qué la Academia se vió obligada a reimprimir, en 1947, la edición 16ª, agregando a manera de anticipo y en un suplemento, sólo una parte de los trabajos realizados por la Corporación a partir de 1939. Dice después: «Hoy la Academia ofrece a sus lectores una edición verdaderamente nueva de su Diccionario, por cuanto toda ella ha sido objeto de minuciosa revisión. Las etimologías se han rectificado con arreglo a los últimos resultados de la investigación en esta rama de la lingüística; así mismo se han corregido muchas definiciones de botánica, zoología y otras ciencias biológicas y no pocas referentes a física y química que resultaban anticuadas a la luz de los adelantos recientes en estas disciplinas y, por último, se han incorporado al Diccionario muchas voces que corresponden al vocabulario puesto en circulación por la técnica moderna en medicina, automovilismo deportes, radio, física nu-

clear, etc. En este punto la Academia, que siempre anduvo parca en la admisión de tecnicismos, ha abierto esta vez la mano, dando así satisfacción a importantes sectores de opinión que desean hallar en el Diccionario, no sólo la definición de las voces de nuestro patrimonio tradicional, sino también la explicación de esos neologismos que de poco tiempo a esta parte, han arraigado y tienen amplia difusión en el lenguaje; como «antibiótico», «genocidio», «cromosoma», «deuterio», «poliomielitis», «cibernética», etc». Añade, en párrafo aparte, que las voces y acepciones nuevas, sumadas a las del Suplemento de la edición anterior que se han incorporado a la actual, ascienden a más de 3.500. En cuanto a los americanismos, la admisión ha llevado un ritmo más lento acorde con la colaboración de las academias correspondientes. La Academia Argentina de Letras ha respondido tan cumplidamente que puede decirse que los argentinismos de esta edición tienen su visto bueno. Otros americanismos han sido tomados de vocabularios corrientes y la Real Academia espera que sus filiales en América y Filipinas señalen los errores.

En el nuevo texto no figuran algunas etimologías ni se puntualiza, en la mayoría de los casos, la complicada historia de muchas palabras. La etimología árabe de palabras que la tiene no aparece, como antes, escrita en caracteres arábigos sin vocalizar. La grafía árabe ha sido sustituida por su transcripción rigurosamente científica. Para palabras de otra procedencia se usan signos alfabéticos latinos provistos de punto diacrítico, según las equivalencias usuales. La Academia explica las razones de esas reformas.

El nuevo Diccionario y las reformas de 1952. — Antes de entrar en materia, debemos recordar que la Real Academia aprobó, en 1952, 44 normas de prosodia y ortografía, que entraron en vigencia el 1º de setiembre de ese año, con la expresa declaración de que serán obligatorias después de haber sido incorporadas a la edición de la Gramática que reemplazará a la del año 1931. Debemos advertir, también, que el nuevo vocabulario ha sido redactado de acuerdo con una disposición de orden interno que dice: «Las normas (se refiere a las recién aludidas) se tendrán en cuenta para la próxima edición del Diccionario».

El Diccionario, redactado en esas condiciones, estaba ya impreso cuando, en abril de ese año, se reunió el Segundo Congreso de Academias de la Lengua Española, que aprobó el siguiente voto:

«Considerando que las «Nuevas Normas de Prosodia y Ortografía» aprobadas en 1952 por la Real Academia Española no

han de tener carácter preceptivo hasta que se incorporen y articulen en la nueva edición de la Gramática de dicha Academia, actualmente en preparación; considerando que antes de esta incorporación, procede consultar a las academias correspondientes acerca de las modificaciones que dichas "Normas" introducen en la Prosodia y Ortografía hoy vigentes resuelve:

"1º — Que se dirija la oportuna consulta a las academias correspondientes, acompañada de dos ejemplares de las expresadas "Nuevas Normas", y que se solicite de dichas academias un dictamen corporativo, esto es, aprobado por la Corporación, sobre cada uno de los puntos que puedan dar lugar a una diversidad de pareceres;

"2º — Que esta consulta se haga extensiva a otras cuestiones referentes a Prosodia y Ortografía, contenidas en las ponencias presentadas a este Congreso;

"3º — Que, a partir de la fecha en que dichas academias recibían las "Memorias del II Congreso", se les señale el plazo de un año para evacuar la consulta que se les hace;

"4º — Que, a la vista de las contestaciones recibidas, la Academia Española adopte las normas pertinentes, ateniéndose al parecer de la mayoría absoluta de las academias correspondientes consultadas;

"5º — Que la falta de contestación a la consulta dentro del plazo establecido se entenderá como prueba de asentimiento a las modificaciones propuestas en las "Nuevas Normas de Prosodia y Ortografía".

De todo ello se desprende que la nueva edición del vocabulario está ajustada a reglas susceptibles de supresión o modificación. Todo depende de lo que las academias correspondientes resuelvan dentro del plazo establecido. Si ratifican lo que la Real Academia dispuso en 1952, todo será válido. Si las academias rechazaren la doble acentuación "alveolo - alvéolo", por ejemplo; la supresión optativa de la consonante inicial de "psicología", "mnemotecnia", "gnomo", las formas "alveolo", "sicología", "nemotecnia", "nomo", etc., tendrán que ser eliminadas del diccionario que acaba de entrar en circulación. Hay más de veinte normas que están en discusión y que pueden dejar al vocabulario oficial en desacuerdo con los preceptos prosódicos y ortográficos que sean aprobados en última instancia.

Quienes manejan el Diccionario deben tomar muy en cuenta esta situación, y los lectores de este artículo han de condicionar cuanto decimos acerca de las innovaciones que registra el vocabulario oficial a la posibilidad de que ellas sean derogadas,

amén de recordar que se trata de normas cuya aplicación todavía no es obligatoria.

Nueva ordenación. — De acuerdo con las disposiciones llamadas de orden interno aprobadas en 1952, se han introducido las siguientes innovaciones:

1º Las palabras que admiten dos formas de acentuación están incluidas en un mismo artículo: "quiromancia" (quiromancia).

2º La forma más corriente en el uso moderno va en primer término, salvo en los casos en que la Academia ha considerado oportuno marcar su preferencia por la forma tradicional o etimológica; pero el término colocado en segundo lugar es tan correcto como el primero.

3º Las formas dobles, originadas por la simplificación ortográfica y autorizadas por virtud de las normas antes aludidas, se registran cada una en su correspondiente lugar alfabético: "psicología - sicología"; "mnemotecnia - nemotecnia"; "gnomonismo"; "reemplazo - remplazo"; "reembolso - rembolso".

Observamos que la regla referente a la inclusión en un mismo artículo de las variantes de una voz se cumple en el caso de "guacamo", por ejemplo: "guacamol" (—mole), pero no en el de "guachapeli", que, según lo resolvió la Academia, debía figurar así: "guachapelí (—pelín, —pilín).

Tampoco se cumple cabalmente la norma 36ª: "Se restablecerá o se conservará la "g" inicial en los nombres geográficos que tradicionalmente se han escrito con esta letra y en los gentilicios correspondientes: "Gibraltar, fibraltareño; Gijón, gijonés". No ha sido eliminado "jibraltareño", y no objetamos lo de "jijona" porque es una variedad de trigo que se cría, lejos de Gijón allá por donde Don Quijote dejó a la humanidad la lección inmortal de su idealismo.

Abreviaturas empleadas. — Se han agregado las siguientes: adv. (adverbial), adv. ord. (adverbio de orden), apóc. (apócope), arag. (aragonés), Automov. (automovilismo), Barc. (Barcelona), burg. (burgalés), Cast. (Castilla), celtolat. (celtolatino), Cineg. (Cinegética), Der. can. (Derecho canónico), deter. (determinado), dialect. (dialectal), esp. (español), etim. (etimología), grecolat. (grecolatino), infl. (influido), iber. (ibérico), irl. (irlandés), mod. (moderno), nórd. (nórdico), onomat. (onomatopéya), pop. (popular), Por ej. (Por ejemplo), pronun. and. (pronunciación andaluza), pronun. esp., (id española), pronun. granad. (id granadina), Psicol. (Psicología), Radio. (Radiodifusión), regres. (regresivo), rioj. (riojano), S. (siglo), sant. (santanderino), term.

(terminación), visigót. (visigótico). La única suprimida es la correspondiente a "latín moderno". Las "abreviaturas que más comúnmente se usan", insertas al final, son las mismas que figuran en la 17ª edición.

Neologismos incorporados. — No sabemos todavía exactamente cuántos ni cuáles son, pero hemos individualizado a un número suficiente para dar idea del criterio seguido por la Academia para legitimar el uso de términos que hemos usado hasta ahora sin autorización académica. Figuran en nuestra lista incluidos los del suplemento de 1947: abajote abandonismo, abandonista, abaritonado, abietáceo, abocelado, abocetar, abogadesco, abogadil, abogadismo, abolicionismo, abrasión, abrasivo abstencionista, aburguesamiento, abusador, abusón, academicismo, acal, dar, acanilladura, acantocéfalo, accesimal accidentalidad, aceptabilidad, aceráceo, aceración, acetaldehído, acetificación acetificar, acetímetro, acidimetría, acidímetro, acidorresistente acidosis, acinesia aclorhidria, aclorhídrico, acmé, acné, acoclarse, acondicionamiento, aconitina, acrobacia, actuarial, achabacamiento, achabacamar, antibiótico, cibernética, ciclotrón, cromosoma, cuanto (unidad elemental de energía), cuántico, cuatrimotor, demosofía (folklore, sin perjuicio de mantener esta palabra), deuterio, estadounidense (sin. de yanqui), estoniano (sin. de estonio), estrategia, exhaustivo, feminidad (con acepción distinta de femineidad), ferodo, financiar, fiscorno fisión, fitoftirio, forestación, foto (apócope de fotografía), fotograma, fotogrametría, genocidio, hetaira (conformando a quienes nunca escribían hetera), impudicia, infundio, laboral, limpiaparabrisas lúe, martiniano (de Martí), masaje, masajista, metabólico, micr-copia, mildiu (que ocupa el lugar de mildeu, sin desalojarlo), mongol y mongólico (como mogol y mogólico) fonetismo, neurita neuroepitelio, neuroglia, noticiario, ortodoncia, palier, parabrisas, pasterización, penicilina, platense, poliomiélitis, portaherramientas, preciosismo, preciosista, programático, radar, radiofonía, radiofónico, radiofonista, radioscópico radiotelegrafista, recital, sanmartiniano (por San Martín, el prócer argentino), supersónico, supraclavicular, suprarrealismo, taxi, tecnicolor, teletipo, telson, termos, termóstato tipología, vacunoterapia, vagotonía, vetar, viscosa, titamínico, vivencia, etcétera.

Con la raíz "aero" había, hace un siglo, alrededor de 6 voces; el diccionario anterior registraba 25; el actual tiene 33. Análoga progresión se observa, por supuesto, en el empleo de otras raíces prefijos o preposiciones inseparables: "tele", "foto", "termo", "electro", "radio", etcétera.

En lo que particularmente se refiere a los diminutivos, se han incorporado los siguientes: patizuelo, adacilla, agujeta, catrecillo, chichito, fajilla, gozquillo, infantejo, jarrita, nuececilla, pañolito pedrecilla, polvillo, portichuelo, pradezuelo, ramalillo y pocos más.

(Los regulares en "ico", etc., han sido incluidos para señalar algún significado especial).

Acepciones modificadas. — Como lo afirma el preámbulo, se han corregido muchas definiciones que resultaban anticuadas y se registran acepciones nuevas de voces ya inscriptas. Se comprueba esta depuración desde las primeras páginas, en los artículos: Aballar, aboyar y abrazada, lo que permite apreciar en qué medida se ha cumplido esa tarea. Más adelante, se descubren correcciones en: mañanica, marconigrama, radiolario, totalitario, verismo, virus y en muchísimos otros. "Verismo", por ejemplo ya no denota "sistema estético que señala lo verdadero como fin de la obra de arte", sino "realismo llevado al extremo en las obras de arte".

No cabe duda que otros vocablos están pendientes de enmienda.

Voces no admitidas. — Muchas son las que pretendían entrar, pero han quedado en la cola, ya sea porque la Academia las considera mal formadas, de empleo poco difundido o insuficientemente arraigado, porque entiende que no aparecen en el lenguaje culto, porque remplazarían sin ventaja a términos ya existentes o, sencillamente, porque no han sido tomadas en cuenta.

La mayoría de ellas han quedado afuera por alguna de aquellas razones; otras merecen ser materia de nuevo examen, si es que ya estuvieron sometidas a juicio. Recordamos, mezclando las buenas con las malas, las siguientes:

Minoritario, mayoritario, moisés, florería, querosén o querosene, lance, ponchada, gaucho (en la acepción del que hace gauchadas) presupuestar, pretencioso o pretencioso, productividad, puntero (que hace punta), pugilismo, racionalizar, agobiador, sinagógico, sumariante, subte, tempe, retropropulsión, rutero, semblantear, plástica (referido a la pintura), masajear, tratativa, financiero protagonizar, suspenso (sustantivo), hindú, sorpresivo sopresivamente, embanderamiento (colocación de banderas), exitoso, exclusividad, ulterioridad, fanfarra, fanfarria, bondad, homenajear, planificar, planificación, arbolar (referido a los árboles), forestar, parquización, pedigrí, parquet, merceo-

logía o merciología, extasiar, ilusionar, jungla riesgoso, sines-toroso, anonimato, internamiento, faenar, faenamiento, expresional, expresividad, editorialista, nudismo. Miles de voces bárbaras, espurias, innecesarias o malsonantes, así como de vocablos indispensables, eufónicos y de buen origen o de correcta derivación, completarían la nómina anterior.

Voces suprimidas. — A más de "xamar", "xana", "xara" y "xaurado", suprimidas por virtud de las normas de 1952, a causa de su "valor dialectal ajeno a la fonética castellana", han sido eliminados de la "x" los términos "xerquería" y "xión". Ya no figuran en la "ñ": "ñaco", "ñacunda" y "ñapo". La poda se ha extendido, como es de imaginar, a otras letras. De la "p", por ejemplo, ha desaparecido el "pelopio", erróneamente anotado como elemento químico.

Modificaciones prosódicas y ortográficas. — A más de las innovaciones ajustadas a las normas de 1952, se descubren otras, que obedecen a razones especiales. "Radiolarios" y "acrídidos", equivocadamente puestos en plural, han sido sustituidos por radiolario y acrídido, respectivamente. Pero queda el denunciado "raviolos", ocupando el lugar de raviol. "Nóumeno" es ahora néumono; "ñapinda", ñapindá; neocelandés puede ser neozelandés, y chalet, chalé. "Caneisito", que configuraba un yerro ortográfico, se ha convertido en caneicito. Las indicadas son sólo algunas de las voces modificadas.

Derivados y abreviaturas. — El texto de las reglas concernientes a la formación de los diminutivos en "ico", "illo", "ito"; de los aumentativos en "on" y "azo" y de los superlativos en "ísimo" no ha sido modificado. Respecto a los diminutivos corresponde decir que las excepciones indicadas (pág. 1367), no son todas las existentes y que las allí anotadas no aparecen en el texto del vocabulario, a pesar de que es forzoso registrarlas por tratarse de derivaciones irregulares. Manecilla es la única excepción que figura en el lexicon.

Reglas de acentuación. — El texto correspondiente a este tópico ha sido modificado a fin de aclarar, en unos casos, y preceptuar, en otros, lo siguiente:

1º — Las voces agudas terminadas en "n" o "s" en las cuales una de estas letras va unida a otra consonante, no llevan tilde: se escribe "alacrán" y "verán"; pero "Isern" y "Canals".

2º — Las voces llanas en "n" o "s" que se hallan en el caso anterior reclaman acento ortográfico: "fórceps" y "bíceps" llevan la tilde que no cargarían si se escribieran: "forces" y "bices".

3º — En las voces agudas con encuentro de vocal fuerte con una débil acentuada, ésta debe atildarse ("país", "baúl") pero no lleva acento la "i" de los infinitivos en "air", "eir" y "oir" ("embair", "reir", "oir"), salvo que esos verbos vayan seguidos en un enclítico: "embaírle", "oírte", "sonreírse". (Observamos que estas últimas formas, al acoplar el pronombre, dejan de ser agudas).

4º — Los adverbios en "mente" exigen el acento ortográfico del vocablo originario (lícitamente, cortésmente ágilmente).

5º — No deben cargarse en los nombres extranjeros acentos que no tengan en el idioma original (Newton, Müller y Schubert, en lugar de 'Néwton, Müllér y Schúbért).

La nueva edición del Diccionario demuestra que la Academia ha trabajado de firme a fin de brindarnos lo que, debido a inconvenientes insalvables, no pudo en el año 1947. Ha ordenado, depurado y enriquecido, el vocabulario oficial, dispuesta a autorizar todo lo que, siendo de buena ley, ha sido propuesto para ajustar el léxico a las necesidades actuales. Raro sería que esa tarea vasta, engorrosa, plagada de problemas cuya solución conforma a unos y suscita la disconformidad de otros, no adoleciera de fallas ni promoviera objeciones. Pero ello no ha de juzgarse por las omisiones y errores que se descubran, sino por el saldo —abultado saldo positivo— que obliga a aplaudirla. Por otra parte, es grato destacar la diligente y eficaz colaboración de la Academia Argentina de Letras, a la que la docta corporación española dedica un párrafo especial del preámbulo del nuevo texto.

CLEMENTE ORLANDI.

LA CORRESPONDENCIA ESCOLAR INTERNACIONAL. AUXILIAR DE LA ENSEÑANZA Y BASE HUMANA

La importancia creciente, en la vida de cada nación, de las relaciones con las otras naciones, es suficiente para explicar la parte que conserva en todos los grados de la enseñanza el estudio de las lenguas vivas, aunque se discute todavía para saber si el conocimiento de las lenguas antiguas ayuda o es superfluo.

Por ello la atención de los padres, de los educadores y de los propios alumnos se concentra cada vez más sobre los mé-

todos requeridos por esta enseñanza y sobre los medios auxiliares de que dispone. Entre éstos, la Correspondencia escolar internacional, ya tímidamente prevista antes de la primera guerra mundial, y considerablemente mejorada después, afirma con su extensión su eficacia creciente; más allá de sus ventajas directas, se evidencia como un medio útil de contacto entre "jóvenes", y como un fundamento útil del edificio frecuentemente amenazado de la amistad internacional.

El interés que se concede a esta organización es común a un gran número de naciones; una Federación internacional agrupa, para veinticinco países, treinta y seis organismos que se consagran a estos intercambios epistolares, por lo que la UNESCO ha registrado este esfuerzo y ha editado un folleto, a iniciativa de la sección francesa —que funciona en la calle de Ulm, el C. S. I.—, que se publicará también en inglés, alemán, español e italiano.

En cuanto al éxito de esta Correspondencia Internacional entre los alumnos de los liceos franceses una cifra lo resume: con más de 100.000 adheridos desde hace algunos años, ha pasado de 107.000 participantes en 1953-54 a más de 111.000 durante el último año escolar, o sea casi un progreso del 5 por 100 en un año.

Los diversos aspectos de este amplio esfuerzo merecen también comentario. La comprobación más imperativa, es indudablemente, la absoluta primacía dada a la correspondencia bilingüe, es decir al hecho de que el escolar francés corresponde, preferentemente, con escolares extranjeros que hablan la lengua que él estudia. De las estadísticas conocidas sobre las lenguas extranjeras estudiadas en Francia, resulta que la lengua anglosajona es la privilegiada. Cerca de 36.000 correspondientes para Gran Bretaña y más de 33.000 para los Estados Unidos, sin contar los millares dispersos entre los diversos países del Commonwealth (Canadá, 5.000; Australia casi la mitad de esta cifra), representan casi los $\frac{3}{4}$ de los jóvenes que escriben. Y es necesario hacer constar que el desarrollo en este terreno está frenado por la imposibilidad, para la oficina francesa, de encontrar, principalmente en Gran Bretaña, el número de correspondientes deseados.

De manera indirecta, claro está, la política interviene en esto, en el sentido de que ciertas corrientes, establecidas o previstas, no han continuado o resultan menos atractivas a consecuencia de telones más o menos metálicos o psicológicos...

Así se explica que no haya más que una decena de millares de correspondientes con Alemania —la "demanda" francesa era para ofertas de intercambios de escolares entre familias durante el año o las vacaciones—, y que por el momento las "ofertas" alemanas sean inferiores y desproporcionadas con el lugar conservado, después de dos guerras mundiales, por el alemán en la enseñanza secundaria francesa (una media del 33 por 100). Por orden de importancia numérica figuran a continuación Italia, España (cerca de 5.000 cada una), y después... el Japón.

La parte infinitamente más restringida de los otros países, europeos o no, se explica forzosamente por el hecho de que sus lenguas no son —con raras excepciones— enseñadas en los liceos franceses; la correspondencia con los alumnos de esos países es unilingüe, y fatalmente más o menos unilateral. Además de las razones familiares o de interés individual, y de la iniciativa de ciertos maestros, el azar interviene también: residencia anterior de las familias, encuentros de vacaciones, etc.

Teniendo en cuenta el poco margen que encuentran algunos alumnos extranjeros y la vacilación más o menos comprensible de ciertas familias francesas, las cifras sorprenden más o menos por su modicidad (Rusia, 203 alumnos, bilingües; India y Pakistán, 403 bilingües y 56 unilingües), o por su importancia proporcional: Argentina, 613 alumnos; Chile, 453; Colombia, 144, todos bilingües —y, por el contrario, 489 unilingües para el Brasil—. Estas diversas cifras se explican por el atractivo creciente que ejerce para los jóvenes el continente sudamericano.

Hay otras cifras que tienen también su interés: correspondencia bilingüe: Austria, 647; Nueva Zelandia, 428; Bélgica, 642; Egipto, 311; Suecia, 702, etc. Ciertos casos particulares son evidentes: Suiza, bilingüe (290) y unilingüe (359). Algunos otros, modestos, revelan esta eterna inclinación de los jóvenes por lo misterioso lejano: Haití, 241; Irak, 10, etc. La cifra modesta, y unilingüe, de Portugal (110), ilustra el hecho, que se lamenta en ciertos medios franceses, de que la lengua portuguesa no haya conseguido todavía en los liceos el lugar que merece.

Se podrían hacer infinitas observaciones basadas en estas estadísticas a las cuales hay que agregar, claro está, las de la Unión Francesa, con un total de 7.413 alumnos —y sobre el desarrollo que prometen algunos comienzos.

Más vale comprobar la amplitud y la diversidad de este cambio de cartas. Su primer objetivo, escolar y pedagógico, es fácil de medir: auxiliar de la escuela, este intercambio mantiene el interés del escolar; algunas experiencias, guiadas o vigiladas por los profesores, han permitido medir este beneficio. Es accesible a todas las edades, y una experiencia del liceo de Caen ha demostrado, que para principiantes de primera, la facultad de escribir de una pequeña compañera de los arrabales de Londres había aprovechado mucho, por emulación, a toda esa clase. Al manejo del vocabulario básico, se añade el descubrimiento de un vocabulario local, pintoresco, idiomático, que de otra manera habría quedado ignorado. Los intercambios de vacaciones permiten frecuentemente a ambos "corresponsales" comprobar la utilidad.

Se prosigue también un segundo objetivo. Variando, para cada país, el reparto de los destinatarios, se asegura a una misma clase de un liceo, para una sola lengua, la posibilidad de conocer diversas provincias de un mismo país, diferentes aspectos esenciales de la vida de esas regiones, y con ello las tradiciones, frecuentemente variables, del folklore, del paisaje, de las costumbres y de la mentalidad media de una región a otra. De esta manera, una clase francesa que corresponda con Alemania conocerá más fácilmente que por los libros las tradiciones de las aldeas rhenanas o los cuentos de la Forêt Noire, los orgullos regionales de Baviera o de Hanovre, la parte de Berlín en la vida teatral alemana, o de Hamburgo en su escapada hacia los mundos lejanos.

Se puede comprender incluso el atractivo, para un colegial bretón, de los encajes de diversas regiones belgas o las particularidades de Escocia o de Irlanda; en cuanto a la geografía de las Repúblicas sudamericanas, nada hay mejor que los sobres con sellos de correos para ayudar a los alumnos parisienses a distinguir cada una de ellas, o sea, como Filatelista, a encontrar el sentido de nombres cargados de historia o de leyenda, de los Andes a las estatuas de Bolívar...

El más problemático quizás, pero también el más noble, de los objetivos de este modo de intercambio, está más allá de su valor pedagógico e instructivo; los mensajes entre los distintos países concretizan para el escolar nacional la noción de su parentesco, de su solidaridad política y humana; comprueban por encima de los rasgos propios de cada nación, adivinan a través de los jóvenes con quienes se escriben, preocupaciones paralelas, reacciones similares; la educación

cívica y humana se hace así, sin intención aparente, por el libre juego de los sentimientos expresados, de las observaciones acumuladas, de comunes entusiasmos.

Si esto es verdad, a base de las comprobaciones que permite a los maestros el contacto con sus alumnos, que frecuentemente los consultan sobre una carta recibida y una contestación que se debe dar, es mucho más verdad todavía teniendo en cuenta la masa de demandas de "corresponsales" que el servicio parisiense registra, procedentes de los más diversos países, que a falta de reciprocidad escolar (correspondencia bilingüe), demuestran el doble deseo, mediante esta correspondencia, de conocer mejor la fisonomía de Francia y también de exponer la de su patria. Es sencillamente lamentable que ante esta multitud de demandas, el número y el interés de los alumnos de los liceos franceses no sea suficiente para poder satisfacer todas. La experiencia prolongada ya desde hace una generación, ha demostrado, en todo caso, su utilidad, y el auxiliar así asegurado al problema del estudio directo de las lenguas vivas establece un balance positivo en favor de la comprensión internacional entre los jóvenes de todos los horizontes.

RAYMOND WARNIER.

LO QUE VEMOS EN SATURNO

El remoto planeta, que para los antiguos delimitaba la frontera del sistema solar y representaba el inexorable correr del tiempo, llama la atención actualmente —aún a aquellos que no se interesan por la astronomía— debido al maravilloso espectáculo que ofrece en los telescopios a causa de sus anillos, vistos desde la tierra y bajo variables perspectivas y llega a constituir para el observador una visión permanentemente atractiva. Sin embargo, para el astrónomo, Saturno ofrece muchos otros motivos de interés, sea por los problemas relacionados con la estructura de su famoso anillo, sea por los inherentes a sus características físicas. En estos últimos años nuevas hipótesis han modificado algunos puntos de vista con respecto al anillo y al globo. Además las radioemisiones que últimamente se han captado desde Júpiter han llevado a los estudiosos hacia las averiguaciones de si

Saturno ofrece analogías en fenómenos semejantes. Estas últimas investigaciones apenas se han iniciado y podrían ser susceptibles de arrojar mucha luz sobre los mayores enigmas del planeta. Saturno es pues de gran interés actual. Un examen de las apariencias que ofrece en los instrumentos astronómicos dará una idea de los problemas mencionados y constituirá un planteamiento actual que deseamos sea ampliado por futuros descubrimientos.

Características generales del planeta.— La distancia media que separa Saturno del Sol es 1.427.700.000 km. con una oscilación de 160.000.000 de km. debido a la notable excentricidad de la órbita. La duración de su año es de 29,5 de los nuestros y sus largas estaciones se acentúan por la inclinación de más o menos 27° que presenta el eje de rotación con relación a la perpendicular del plano de la órbita. Esto se debe al hecho de que el anillo descansa sobre el plano ecuatorial. Cuando un hemisferio se encuentra en invierno, está sujeto a la obscuridad producida por la sombra del anillo, pero cuando ese mismo hemisferio se encuentra en verano, está libremente expuesto a los rayos del sol. Esto no puede darse sin consecuencias físicas, no obstante la enorme distancia que lo separa del Sol. El planeta en sus polos presenta "un aplastamiento" de 1/9,5 de modo tal que al ver a Saturno en los instrumentos astronómicos, ofrece una forma elíptica muy pronunciada. Su diámetro medio es de 115.100 kilómetros, equivalente a 0,39 de la tierra. Su volumen es entonces aproximadamente de 730 veces el de la tierra. Su masa es relativamente débil: 1/3498 de la del Sol, según el último informe (H. Herz, 1955). De esto resulta que su densidad media es solamente de 0,715 con relación al agua, de tal modo que Saturno podría flotar en un imaginario océano capaz de contenerlo. El período de rotación del planeta es ignorado, y para mayor claridad diremos que los valores conocidos, no se refieren a su superficie—inaccesible por estar oculta por una densa atmósfera— sino a las características de esta misma atmósfera.

Los valores encontrados oscilan entre 10 h. 12' a 11 h. 14' lo cual demuestra que los puntos de referencia ecuatoriales rotan más velozmente que aquellos situados en latitudes más elevadas al igual que sucede en Júpiter.

La temperatura de los estratos de esta atmósfera de acuerdo a las medidas más probables sería de 155° C. El examen espectroscópico ha señalado la existencia de metán y amoníaco

amoníaco al igual que en Júpiter, más aún, en Saturno el amoníaco se encontraría en cantidad menor que en Júpiter, y en estado de volatilización, debido a la baja temperatura reinante. La presencia de compuestos de hidrógeno hace suponer la existencia de grandes cantidades de hidrógeno en estado libre, lo cual no se puede determinar por el examen espectroscópico, estando de acuerdo las indagaciones teóricas, con respecto a lo enunciado. Hoy en día se admite que en la parte superior de la superficie nublada que nosotros podemos ver, se hallaría una capa de 60 km. de atmósfera transparente, compuesta en su casi totalidad de hidrógeno; la cifra dada sólo tiene un carácter indicativo, pues tal capa varía considerablemente, hasta llegar a los polos su punto máximo, en donde la temperatura es más baja, y, las nubes de cristales de amoníaco se encuentran en las mayores profundidades.

Es evidente que el vapor de agua está excluido de la atmósfera, y es lógico suponer que el agua constituya una capa de hielo de gran profundidad.

Se ha tratado de representar la estructura interna de Saturno de acuerdo a los modelos acordes con los datos que ofrece la observación. Aceptado que fuera el modelo propuesto por Wildt, nos encontraríamos que Saturno tendría un núcleo pedregoso de densidad 6 y cuyo diámetro sería de 44.000 km. recubierto por una capa de hielo de 10.000 km. de espesor. La atmósfera que lo cubre tendría entonces una capa de 25.000 km.

En verdad, el modelo de Wildt es considerado en el presente como una primitiva aproximación, condición aceptada por el mismo Wildt, debido a la dificultad que presenta la explicación de esta separación en capas durante el período de tiempo, relativamente breve transcurrido desde el origen del sistema solar. Las búsquedas más recientes ponen en duda la existencia de un núcleo rocoso de silicatos y metales, pero concuerdan en admitir un núcleo sólido. De todas maneras estaría compuesto el planeta en gran parte, por atmósfera en un estado de presión muy elevado, imposible de presentarse tal como sucede en la Tierra.

Se ha demostrado que la presencia de temperaturas muy elevadas en las zonas céntricas no produciría estados de inestabilidad en la estructura del astro. Indudablemente los elementos de radioactividad producen grandes cantidades de calor. Elevadas temperaturas internas explicarían ciertos hechos puestos en evidencia por las observaciones realizadas; en el caso de Júpiter parecería inadmisibles esta premisa y

la identidad fundamental de composición de los dos grandes planetas nos lleva a aplicar a Saturno el mismo modo de ver.

Aspectos superficiales.— Por la observación telescópica, el globo de Saturno se nos muestra en forma elíptica con menor luminosidad en los bordes que en el centro por efecto de la absorción atmosférica, cruzado por franjas de poca intensidad, paralelas al ecuador y débilmente coloreadas. El diámetro aparente varía de 14,9" a 20,6", y se necesitan enormes ampliaciones a fin de establecer los detalles de su estructura. Por otra parte, los contrastes que presentan estos detalles son tan ínfimos que se pierden casi completamente bajo el esfuerzo de los instrumentos. Estas características dan la pauta y explican la causa por la cual nuestros conocimientos acerca de la estructura de las franjas mencionadas, sean aún hoy en día, tan escasos.

Por lo cual no es posible delinear un mapa de Saturno, sino ofrecer un bosquejo del planeta que podríamos definir —meteorológico—, en sentido amplio. Igual procedimiento se ha aplicado para Júpiter, y han resultado de gran semejanza los dos esquemas. En ambos planetas se observa una zona ecuatorial luminosa delimitada por dos bandas, una ecuatorial norte y otra sur, las más luminosas e intensas de todas las restantes; llendo hacia los polos siguen a las bandas ecuatoriales las zonas tropicales, luego bandas templadas en número variable y finalmente las regiones polares por lo general uniformes. Es evidente que a esas particularidades estructurales correspondan otras tantas corrientes atmosféricas, en su mayor parte estabilizadas en cuanto al lugar que ocupan, no obstante las oscilaciones no muy leves, por lo que se refiere a las latitudes. Existen sin embargo ciertos detalles no encuadrados en el esquema de las corrientes y se presentan de improviso, a igual que ciertas excepcionales manchas relucientes que tienen una existencia más o menos larga. Podríamos asistir en tales casos a productos de erupciones (considerando este término en sentido más amplio y en especial analógico), provenientes de las partes más internas del planeta. La zona ecuatorial comprende más o menos 250 de ancho constituyendo la parte más brillante del globo, pero menos luminosa de la parte media del anillo. Su extensión es notable comparada con la misma zona de Júpiter, debiéndose tal hecho casi en forma segura, a la gran influencia de inclinación del eje de rotación de Saturno; la

disposición de las corrientes ecuatoriales, ha influido en gran forma en la creación del fenómeno.

En 1955 el autor encontró su límite norte a 13,80 en base a observaciones realizadas en Merate (Italia), valor éste confirmado por las medidas obtenidas por B. B. Heath sobre la base de fotografías tomadas en Johannesburg. El límite correspondiente a la zona ecuatorial de Júpiter, resulta de + 8,50, valor medio obtenido por el autor en base a las observaciones de Júpiter desde 1951 hasta la fecha. Muchos observadores han podido comprobar una ligera coloración en tales regiones. Por las observaciones reunidas en el transcurso de un siglo, desde las que fueron del Padre Secchi, parecería que la zona ecuatorial, raramente se presentara de color plateado; las más de las veces, esfumada, con tintes de colores vivos, desde un rosa claro a un amarillo limón y al gris anaranjado. Se divisan con frecuencia espacios más claros adheridos a la banda ecuatorial norte y filamentos que la atraviesan, uniendo las dos bandas ecuatoriales. Estos últimos detalles son difíciles de determinar con exactitud y su representación resulta muy complicada, lo cual probaría ciertas diferencias de apreciación, acerca de los mismos. Maggini los dibujaba estrechos y filiformes. El autor los ha podido observar de un modo particular bajo esta forma. De mayor interés resulta la presencia irregular de grandes manchas en la zona ecuatorial, que ofrecen mucha utilidad para el cálculo del período de rotación.

La primera de estas manchas que se haya recordado en los anales de la observación astronómica ha sido estudiada en el año 1876 por A. Hall, en Wáshington. La citada mancha tenía 2" a 3" y siendo en un principio redonda se fué alargando en el decurso del siguiente año. El período de rotación deducido por Hall resultó ser de 10 horas 14 minutos 24 segundos. Otra mancha de tamaño excepcional apareció en 1933. Estaba colimitando con la banda ecuatorial norte de forma ovalada y su longitud se estimó alrededor de 32.000 km. Desde el observatorio de Nápoles, Vocca pudo deducir de la misma, un período de rotación de 10 horas 13 minutos 49 segundos. Su aparición repentina y su lenta disolución hacen suponer la presencia de productos de una actividad endógena que se enfrían en los altos estratos de la atmósfera en donde adquieren cierta estabilidad; pero el ritmo de tal actividad se nos escapa. Las dos bandas ecuatoriales que bordean la zona aquí descrita se presentan bajo las formas de "largas tiras" en un espacio de más o menos diez grados; en dichas

tiras abundan pequeñas manchas, con escasos contrastes en las mismas, junto con ondulaciones, en contacto con la zona ecuatorial. Con frecuencia tienden a desdoblarse en dos componentes separados entre sí por un área más clara. Su coloración es fuerte, y la tónica fundamental oscura, con tendencias al rojizo y rosado. La banda ecuatorial norte ha sido vista por el autor de color naranja-oscuro, en 1955, en la localidad de Merate, por medio de un refractor Merz de 49 centímetros. La misma fué definida en 1954, como rojo oscuro por Avigliano, con un refractor de 61 cm. del Observatorio Lowell; y de color chocolate oscuro con sus contornos rojos por Cragg, habiendo utilizado este último, el reflector de 1,50 de Monte Wilson. Las antiguas observaciones de Antonadi llevaban a la conclusión de que la coloración de las dos bandas era de un tinte rosado y que las oscuras eran fijadas por los instrumentos de reducida abertura; algo parecido sucedería en Júpiter. No parecería —sin embargo, hoy en día— que tal cosa tuviese el valor de regla, y que las analogías entre los dos grandes planetas deban llevar forzosamente a idénticas conclusiones. Las manchas de las bandas han ofrecido períodos de rotación de 10 horas 12 minutos 26 segundos a 10 horas 14 minutos 22 segundos, lo cual demuestra que los mismos están incluidos en su mayor parte dentro de la corriente ecuatorial. En este aspecto, la analogía con Júpiter es perfecta.

Las zonas y las bandas que siguen hacia los polos presentan muy poca diferencia. Con frecuencia el globo aparece esfumado de una manera uniforme entre las bandas ecuatoriales y los polos. Solamente con un gran esfuerzo resulta posible distinguir las tenues bandas templadas y las zonas más claras que las separan, sujetas éstas a repentinas variaciones, como se pudo observar en 1955. También en estos espacios pueden aparecer manchas brillantes muy marcadas, y es típica a este respecto la que descubrió Bernard, en Jerkes, en 1903, situada a $+360$ de latitud. La rotación que se pudo deducir fué de 10 horas 38 minutos 27 segundos y es una prueba representativa de la menor velocidad de las corrientes templadas. En 1955, el autor encontró $+470$ para la banda templada norte, y resulta curioso el hecho de que en Júpiter, la banda correspondiente sea de alrededor de 200 más austral. A latitudes más elevadas ya resulta imposible determinar detalles definibles o impresiones conducentes a poder determinar medidas. Sólo por vía espectroscópica, Moore pudo encontrar $11^{\circ} 14' 57''$ de latitud. Hacia los polos tiende a

esfumarse el color, convirtiéndose en azulado o verdoso, tonalidades estas que se acentúan en los extremos del planeta. Con respecto a esto último es interesante la particularidad de que se muestran en invierno casi incoloros, mas luego de una larga exposición al sol, se colorean de un azul que puede volverse de gran intensidad. A tal incremento de intensidad de color, se asocia otro fenómeno. Sobre los polos tiende a formarse un bonete, muy reducido e intensamente coloreado, envuelto por un anillo más claro. Nada similar acaece en Júpiter, que tiene el eje de rotación casi perpendicular al plano de la órbita, lo cual demuestra hasta la evidencia la influencia de la prolongada irradiación solar. Hoy en día no sabemos cual de los detalles hasta aquí descritos, podría revelarse como emisor de radioondas.

Se podría confirmar la posibilidad de una radioemisión de ondas procedentes de las manchas blancas transitorias, colocándonos en un plano de analogía con Júpiter. Ciertas emisiones de este último, captadas recientemente, parecerían relacionadas a grandes áreas relucientes, localizadas por entonces, en el hemisferio austral, adheridas a la banda templada sur. Existen, empero, grandes divergencias entre las áreas lúcidas de Júpiter, y las manchas blancas de Saturno. Por ello, todo anticipo que se pueda hacer parecería prematuro.

GUIDO RUGGERI
de L'Illustrazione Scientifica. N° 76.
Marzo de 1956. Milán, Italia.

Traducción de Pedro Taddei.

CANIBALISMO ENTRE INSECTOS

A aquellos entomólogos que se dedican a la cría de insectos, les están reservadas verdaderas sorpresas, pues su vida y costumbres, ofrecen hechos verdaderamente curiosos que revelan el instinto de estos pequeños pobladores de un mundo maravilloso. Su biología, fisiología, periodos de reproducción, migraciones, medios de defensa, hábitos alimentarios, etc., nos lo muestran a cada paso.

Nos ocuparemos en esta breve narración de uno de esos aspectos: sus hábitos alimentarios, y así citaremos el caso de los fitófagos, cuyas piezas bucales, transformados en finos estiletes son su arma poderosa y temible, ya que al alimentarse

de la savia de los vegetales, constituyen verdaderas plagas que asolan los sembradíos; el de los coprófagos, que se alimentan de los excrementos de otros animales como el escarabajo estercolero que fabrica con toda prolijidad y perfección, esferas de estiércol en las que las hembras depositan sus huevos para que, al eclosionar, la cría, tenga ya asegurado su alimento; el de los hematófagos, que se alimentan de sangre, ya sea de animales o humana, temibles en muchos casos pues pueden ser vectores de graves enfermedades; el de los sarcosaprófagos, es decir aquellos que se alimentan de animales muertos, existiendo una estrecha relación entre determinados insectos y el grado de putrefacción de las víctimas.

Pero la forma más rara de alimentación, la encontramos en los insectos caníbales, es decir aquellos que se alimentan de otros de la misma especie.

La existencia del canibalismo como regla fija, no se ha establecido, siendo generalmente un hábito circunstancial. Citemos algunos ejemplos de esta forma poco común de alimentación. Es de conocimiento general que las larvas de mariposas y las ninfas de grillos y langostas, se alimentan de vegetales, consumiendo en algunos casos grandes cantidades; sin embargo hay casos en que los insectos mencionados abandonan sus costumbres vegetarianas y se alimentan de carne, y lo que es más extraño, de la de sus propios semejantes.

Hace mucho tiempo que se descubrió el instinto canibal de ciertas orugas de mariposas nocturnas, las que hallándose en cautiverio, desechan el régimen alimenticio vegetal, sea ello por el disgusto de encontrarse prisioneras o por faltarles alimento vegetal fresco, el hecho es que, una vez probada la carne de sus semejantes, desdeñan la alimentación vegetariana y buscan satisfacer, de todas maneras, el hábito adquirido.

Si reuniéramos varias larvas de las mariposas citadas veríamos al cabo de un tiempo, que solamente quedará una, las otras fueron vencidas por fuerza o habilidad, y sirvieron de alimento a la sobreviviente que las devoró en la lucha por la subexistencia. Esto que vale para las orugas en cautiverios, es aplicable también en plena naturaleza: el doctor Berg cita el caso de orugas patagónicas las que se manifiestan abiertamente caníbales. En el caso por él estudiado, todas las larvas de una determinada familia mostraban preferencia por sus semejantes devorándose entre sí en cantidades considerables, comiendo, en raras ocasiones, la planta que debía servirle de sustento.

A este carácter singular de las orugas patagónicas, Berg lo explica diciendo que durante el verano, reina en la Patagonia calor y sequedad del suelo desapareciendo, como consecuencia la vegetación. Cuando esto llega a suceder las orugas pierden su alimento. Pero el instinto de perduración de la especie les ha enseñado el medio para que no se extinga: devorar a sus semejantes. Y como en todos los órdenes de la vida, triunfa el más capacitado, se perpetúa en sus descendientes transmitiéndoles, como herencia, el instinto adquirido para que hagan uso de él cuando lo necesiten y aun cuando no lo necesiten; así al principio fué la necesidad la que inventó y luego la herencia, pervertida, la que indujo.

Habíamos mencionado también como caníbales las langostas y los grillos, en estos últimos se ha observado sólo en cautividad, pero en la langosta se encuentran numerosos ejemplos en la naturaleza.

En las del género *Pezotetix*, se ha observado en más de una ocasión varios individuos de la misma especie comiendo las partes blandas de sus compañeros, aun vivos y con demostraciones de protesta. Generalmente le abren el abdomen y devoran sus entrañas, más sabrosas aun para ellos, por cuanto poseen partículas vegetales, contenidas en el estómago e intestinos. El canibalismo se halla aquí en su grado más abyecto.

También entre los coleópteros existe este hábito. El *Eriopis pustulata*, insecto perteneciente a la familia de los coccinellidos, llamados vulgarmente "Vaquitas de San Antonio" o "San José", es habitualmente carnívoro pero en cautividad, aun con gran abundancia de su manjar predilecto, se devoran unos a otros, dejando como residuos élitros, cabezas y patas.

El canibalismo podemos apreciarlo también en mántidos, insectos asimismo predadores como lo muestra su primer par de patas adaptadas para raptar, en este tipo de pata, la tibia se adosa perfectamente al fémur formando una especie de pinza. En los mántidos llamados vulgarmente "Tata Dios" o "mamboretá", se ve claramente este tipo de pata característico, siendo grande el contraste que existe entre la gracilidad del cuerpo aparentemente inocente y el mortífero aparato de sus patas; las utiliza para el ataque.

El nombre de "Tata Dios" proviene de la posición que adopta cuando tiene dobladas las patas delanteras contra el tórax en actitud de "oración", posición que siendo aparentemente inocente corresponde al acecho de un momento de ataque; entonces despliega sus patas, clava el garfio terminal a manera de arpón, vuelve la pata hacia atrás, trayendo la pre-

sa capturada entre las partes que forman su pinza. Como es de hábitos feroces comienza a atacar al insecto por el cuello, zona membranosa y sin protección, donde se encuentran los ganglios cervicales, los que devora primero, inmovilizando su presa, para luego devorarla con toda tranquilidad.

A pesar de su aspecto inofensivo son de destacar los combates, verdaderas batallas a muerte que libran entre sí las hembras cuando llega el momento de la deposición de los huevos, la hembra vencida es devorada por su antagonista. Asimismo es común observar entre estos insectos como los machos son atacados y devorados por las hembras, una vez cumplida su misión de fecundar a su compañera.

Los casos citados si bien no son muy comunes, entran en el terreno de la lógica por cuanto todos estos insectos poseen un aparato bucal del tipo masticador, con un par de fuertes mandíbulas, pero llama más poderosamente la atención, el hecho de existir este hábito en insectos fitófagos. Mencionemos el caso de *Naupactus xantographa*, insecto perteneciente a la familia de los curculionid. s. llamados vulgarmente gorgojos, los que poseen la cabeza alargada en una especie de proboscis o trompa.

Con fines de investigación se colocaron en cautividad tres ejemplares de este insecto, siendo luego introducido un cuarto. Este nuevo huésped a poco de recorrer el lugar, tropezó con uno de los insectos ya existentes, trabándose en furiosa lucha, comenzó por arrancarle las patas y la cabeza y por el orificio cervical, introdujo su trompa sorbiendo, por decirlo así, el contenido abdominal de su víctima; después de esta furia de canibalismo continuo con sus costumbres fitófagas, alimentándose de una magnoliácea.

Podríamos seguir enumerando ejemplos de este curioso hábito, pero no queremos fatigar la atención del amable lector, hasta quien deseamos lleguen algunos de los interesantes y a veces no imaginados sucesos que ocurren en el maravilloso mundo de los insectos.

JULIA A. VIDAL SARMIENTO.

EL MITO EN EL PENSAMIENTO DE LOS ANTIGUOS GRIEGOS

Se da el nombre de "mitología" griega al conjunto de relatos maravillosos y leyendas de toda índole que, según nos lo demuestran los textos y los monumentos figurativos, circularon en los países de lengua griega entre el siglo IX u VIII antes de nuestra era, época a la cual nos retraen los poemas homéricos, y el fin del "paganismo", tres o cuatro siglos después de Jesucristo. Hay en ello una inmensa materia, muy difícilmente definible, de orígenes y caracteres muy diversos, que desempeñó y desempeña aún, en la historia espiritual del mundo, un papel considerable.

Todos los pueblos, en un momento de su evolución, se dieron leyendas, es decir relatos maravillosos a los cuales temporariamente dieron fe, al menos en cierto grado. Las más de las veces las leyendas, porque hacen intervenir fuerzas o seres sobrenaturales, pertenecen al dominio de la religión. Se presentan entonces como un sistema, más o menos coherente, de explicación del mundo: cada uno de los gestos del héroe cuyas hazañas se cuenta aparece como creador y comporta consecuencias que repercuten en el Universo entero. A este tipo pertenecen los grandes poemas épico-religiosos de la literatura india. En otros países predomina el elemento épico. Sin duda los dioses no se hallan ausentes del relato, en que su acción es sensible, pero no se cuestiona por ello la génesis del mundo. El héroe se contenta con dar grandes sablazos, inventar astucias memorables, realizar viajes a países maravillosos, y aun si sobrepasa la medida humana conserva la misma esencia que la humanidad. Pertenecen a este tipo principalmente los ciclos legendarios de los celtas, que las novelas galesas, por ejemplo, nos hacen conocer. También en otros casos los relatos del mito terminaron por perder casi todo carácter maravilloso, y se disimulan con las apariencias de la historia. Los romanos, en particular, parecen haber integrado así en sus más antiguas crónicas verdaderas gestas legendarias: el heroísmo de Horacio Cocles al defender el puente del Tíber contra los invasores, no es más que la última encarnación de un demonio tuerto cuya estatua, ubicada a orillas del río, había perdido su primitiva significación y servido al fin para fabricar íntegramente un episodio de la lucha (en parte histórica) entre romanos y etruscos.

El mito, en Grecia, participa de todas esas naturalezas. Ya se tiñe de historia, y sirve de título de nobleza a las ciudades o a las familias. Ya se desarrolla en epopeya. Ya viene a apoyar o explicar las creencias y los ritos de la religión. Ninguna de las funciones que en otras partes asume la leyenda le es extraña. Pero es aún otra cosa. La palabra griega que sirve para designarlo (*mythos*) se aplica a toda historia que se cuenta, tanto al argumento de una tragedia como a la intriga de una comedia o al tema de una fábula de Esopo. El mito se opone al *logos*, como la fantasía a la razón, la palabra que narra a la que demuestra. *Logos* y *mitos* son las dos mitades del lenguaje, dos funciones igualmente fundamentales de la vida del espíritu. Siendo el *logos* un razonamiento, se propone convencer; provoca, en el oyente, la necesidad de pronunciar un juicio. El *logos* es verdadero, si es justo y conforme a la "lógica", es falso, si disimula alguna argucia secreta (un "sofisma"). Pero el "mito" no tiene otro fin que él mismo. Se lo cree o no, según la propia gana, en un acto de fe, si se lo encuentra "bello" o verosímil, o simplemente si se desea creerlo. El mito atrae así en torno a él toda la parte de lo irracional en el pensamiento humano: por su naturaleza misma está emparentado con el arte, en todas sus creaciones. Y es tal vez éste el carácter más inquietante del mito griego: comprobamos que se ha integrado en todas las actividades del espíritu. No hay dominio del helenismo, tanto la plástica como la literatura, que no haya recurrido a él constantemente. Para un griego, el mito no conoce fronteras. Se insinúa en todas partes.

Las primeras epopeyas de la lengua griega, que son la *Ilíada* y la *Odisea*, son ya "mitos", en el amplio sentido. Se caracterizan por la mezcla constante de lo humano y lo sobrehumano. Los héroes de la *Ilíada* tienen por antepasados, hasta por padres, una o varias divinidades. Aquiles es hijo de Tetis, diosa del mar, y su destino está determinado por oráculos que existen desde la eternidad. Helena, apuesta de la guerra de Troya, es hija de Zeus, y la voluntad de Afrodita, diosa del amor, la impulsó a abandonar a su marido y a su hija cuando el troyano París fué a buscarla a Esparta. En los dos campos combaten dioses y diosas: Apolo, protector de París, ofendido por otra parte en la persona de uno de sus sacerdotes, cuya hija Criseida fué raptada por los Aqueos, siembra la fiebre en su ejército. Poseidón, Atenea, Ares, intervienen en la lucha. Y las hazañas de Aquiles atestiguan, sin

duda, el valor personal del héroe, pero también la protección divina que no le falta en ningún momento.

Lo mismo ocurre en la *Odisea*. La descendencia divina de Ulises está sin duda mucho menos certificada —la tradición que lo hace bastardo de Autólico, hijo de Hermes no es la única conocida— pero la diosa Atenea se constituye en su protectora, y finalmente lo salva de la cólera y el rencor del dios del mar, Poseidón. La epopeya griega tiene por esencia magnificar los debates de los hombres, y, por medio del mito, ampliarlos hasta las dimensiones del universo. Sus relatos, tomados literalmente, atestiguan una fe religiosa: Zeus y las divinidades del Olimpo intervienen materialmente en los asuntos humanos; es preciso honrarlos con sacrificios, calmar su resentimiento, conciliárselos por todos los medios. Pero la interpretación del mito tiende ya a sobrepasar esta estrecha materialidad. Cuando Zeus pesa, en una balanza, los "destinos" (las *Moiras*) de Aquiles y Patroclo que se enfrentan en combate singular bajo los muros de Troya, es difícil admitir que los griegos de la época clásica hayan creído realmente en la gigantesca balanza, uno de cuyos platillos toca el cielo mientras se hunde el otro en las tinieblas infernales. El mito no está oprimido en sus términos. Dibuja una imagen, un símbolo, si se quiere, de una realidad que de otro modo sería inefable. Es muy probable que ante los propios ojos del poeta no fuese el episodio más que un medio de expresión, una forma de revelación, que ayuda a concebir el misterio del mundo pero no podría tomarse al pie de la letra.

Del mismo modo, los santuarios elevados a las divinidades ofrecían en sus frontispicios un episodio característico de la leyenda del dios o de la diosa a quien pertenecía el templo. En el frontón Este del Partenón, el nacimiento milagroso de Atenea; en el Oeste, la disputa entre Poseidón y Atenea, que reclaman, cada uno para sí, la posesión del Ática. Estas imágenes encarnan, en forma total, y mejor de lo que podría hacerlo ningún análisis basado en palabras, el sentimiento que los atenienses tienen de su ciudad y de sí mismos: Atenea, surgida de la cabeza del amo todopoderoso, nacida sin madre, como el pueblo ático ha "salido del suelo" (autóctono, se decía entonces), pero emanada no obstante de la Prudencia (*Metis*), a la cual otrora se había unido su padre. Demeter y Core, la Tierra y la Vegetación, esperan serenamente el anuncio del milagroso nacimiento. Y pronto, sobre la tierra bañada por los presentes del mar, impregnada de la sal y del viento marino de Poseidón, la diosa hará crecer el olivo,